Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX — San José, Costa Rica — **1930** — Sábado 8 de Febrero — Núm. 6

Año XI. No. 478

SUMARIO

Teresa de la Parra

=Del precioso libro *Colinas Inspiradas*. Bogotá, 1929=

Ifigenia en Suramérica fué como una explosión. Todas las mujeres nuevas, desde la tierra donde cantó sor Juana Inés de la Cruz hasta las estremecidas después por los acentos de la Juana del Sur, de Rosalina, de Gabriela, de Alfonsina, de María Luz, de Delmira, de tántas otras igualmente vibrantes, se reconocieron un poco en la heroína y saludaron el claro amanecer de esta obra, escrita por «una señorita que se fastidiaba». El fastidio, acaso mejor el tedio, el hastío, como quiere Unamuno, es la característica de las muchachas advertidas, llegadas de otra civilización o al tanto de ella por rápidas lecturas, al iniciar su lucha contra el medio, contra la rutina, contra todo lo idílico y sentimental de un pasado que se va desvaneciendo. Sienten la camisa de fuerza de la tradición, se contemplan enjauladas, y quieren romper los barrotes o la tela fabricados por el hombre, déspota inventor de la desigualdad y usufructuario de ella a través de los siglos.

Retenidas sinembargo por consideraciones del corazón, es decir, de familia, bostezan su inconformidad, mientras la hora llega de desplegar las alas. Preparadas en la ociosidad y en el silencio, sacudidas por el ejemplo de las que triunfan en los Estados Unidos, y más ampliamente aún en los países donde brilla el sol de media noche, o dueñas, las de alma apostólica, de una rebeldía recóndita y tenaz, de un endiablado saber adquirido en los libros, de pronto alzan el vuelo. Van hacia el amor, hacia el arte, hacia la ciencia, hacia cualquier cosa en donde sientan la plenitud de ellas mismas. Pero en la espera del momento cabe todo el fastidio que se alimenta de incomprensión y de choques. Dos sensibilidades, casi dos filosofías, casi dos religiones, se encuentran en conflicto. Ese conflicto es lo que hace apasionante la vida de *Ifigenia*.



* * *

La fábula se cuenta fácilmente. María Eugenia Alonso es una linda muchacha caraqueña que después de algunos años, pasados en París, llega a su patria. Es una huérfana que va a encontrar su cuantiosa fortuna evaporada, en manos de un tío ambicioso y sin escrúpulos. Sometida a la pobreza, aunque no resignada, pasa largas horas en compañía de su abuelita y de su tia Clara, espiritualmente tan vieja como ésta, haciéndolas gozar con su cariño, reír con su ingenio y alarmar con sus manifestaciones de independencia o con sus expresiones de pecaminosa significación, aunque de tono inocente.

Los días nacen y mueren en la monotonía. No tiene María Eugenia otra diversión que su tío Pancho, hombre despreocupado, cordial, y las visitas a una bella mujer, desgraciada en el matrimonio, de envidiable elegancia, que responde al nombre de Mercedes Galindo. En casa de ella conoce al hombre que la hará estremecer: Gabriel Olmedo. Pero este Olmedo, que ante todo desea adquirir dinero, no escucha al corazón, y la pospone a una mujer por quien no siente amor, pero en quien lo atrae irresistiblemente el cebo de la dote.

Bien puede pensar María Eugenia que el hombre es un canalla, y llorar en las noches de vigilia la muerte de sus sueños. La vida irá zurciendo la tela en el sitio de la desgarradura, y el miedo al celibato, doblado de un explicable anhelo de venganza, la irá convenciendo del deber de escuchar los consejos de la abuelita y de la tía, que le encarecen las cualidades burguesas de un buen señor panzudo, de espíritu vulgar, pero metódico y juicioso, rico por añadidura, que la ha visto en la ventana y siente amor por ella.

César Leal, que gusta de ser novio a la manera antigua, con ideas atrasadas, en que flota el rancio perfume de la sujeción matrimonial como la recomienda San Pablo y por cuya mente no ha pasado jamás una reflexión como la de Oscar Wilde cuando exclamó: «Es una vergüenza que haya una ley para los hombres y otra para las mujeres», es uno de esos materialistas sin cultura, que las dan de libres pensadores y anhelan una esposa de camándula, para estar seguros de su fidelidad, impuesta así por el miedo

al pecado o el terror al infierno, y no por el amor, único freno que garantiza contra las culpas mentales.

Pero la vida es la vida, y María Eugenia, contrariándose, rabiando en lo interior, siente la obligación de ir acomodando sus gustos a los del pretendiente, con lo cual tendrá que ir poco a poco abandonando su afición de escritora, su entusiasmo por la literatura, sus conocimientos artísticos, mientras llega el momento de irse descuidando en el arreglo personal, empezando por renunciar a la falda demasiado corta, al lápiz de color que le enciende los labios, al perfume un poquito capitoso, a las conversaciones de cierta animación, a lo que es ella en el fondo de su educación y de su espíritu. Ya llegará la hora en que tendrá que aplaudir los discursos tropicales, incoherentes, ésos sí recargados de color, que dirá César Leal en el senado.

Como los días han transcurrido, hay tiempo suficiente, mientras dura el noviazgo, para que Gabriel Olmedo encuentre detestable a su mujer, prácticamente se separe de ella y piense en el divorcio, después de haber aprovechado el tiempo en adquirir la fortuna que le hacía tánta falta. No había vuelto a ver a María Eugenia. Pero enfermo de gravedad el tío Pancho, de quien siempre había sido buen amigo, acude a la cabecera de su lecho y allá la encuentra a ella. El antiguo amor renace en ambos y prende como las zarzas del Horeb en los corazones que la vida absurda mantenía desunidos.

Cupido al fin lanza su flecha. Y es precisamente el día de la muerte del tío Pancho, en tanto que la sobrina llora con intensa amargura la soledad espiritual que en adelante irá a ser su compañera, cuando el consolador dice las palabras expresivas que hacen secar las lágrimas. Momentos después, los labios de Gabriel Olmedo y los de María Eugenia se juntan en un beso embriagante, que resuena en lo interior de las almas acercadas como la campanada de una próxima ventura, que habrá de durar siempre. Vuelta a la realidad, recuerda ella que es otro su novio, y que Gabriel es casado, lo que la obliga a repetir entre sollozos un «no puede ser», «no puede ser», que le forma en la garganta un nudo de angustia.

El galán no va a ceder por eso. Le pide una cita, que María Eugenia, rendida ya en el alma, pero llena de temor, no cumple. Entonces le escribe una carta de extraordinarias vibraciones, en donde la invita a fugarse con él, para ir tras de la dicha, única realidad de la existencia. Hay allí pasión, pero hay vulgaridades, como la de afirmar que el matrimonio con César Leal será una especie de prostitución lenta, resignada, la venta de su cuerpo, en condiciones mil veces más horribles «que las que se hacen clandestinamente, sin garantías legales ni aprobaciones religiosas». Y hay un fondo odioso de inhumanidad, en el acento con que, al referirse al seguro dolor de la abuelita y de tía Clara, le recuerda que la naturaleza «es cruel e inexorable con todo lo viejo y lo caduco».

Pero ella no está para detenerse en consideraciones de esa índole, cuando sus ojos, ya de viaje, no han leído sino las palabras temblorosas y no han visto sino las rosas que hasta el lejano porvenir han de alfombrarle el sendero. Toma del armario la ropa indispensable para realizar la fuga a las tres de la mañana, de acuerdo con las instrucciones de Olmedo. Pero «el alma endemoniada de las cosas pequeñas», o el alma angelical de las mismas, interviene. Al dirigirse al cuarto de los baúles, en el fondo del solar, siente de pronto que un bulto negro le pasa por los pies como un rayo. Paralizada de terror, aún cuando advierte que es un gato de tejado el importuno, se da a pensar en todo lo que ha oído de los pactos que celebra el nervioso animal con los espíritus, con los brujos, con el demonio mismo, y alcanza a comprender que su viaje ha fracasado.

Reacciona al fin ante el recuerdo de Gabriel, y en un rápido impulso, con energía nerviosa, entra al cuarto. A tientas, en la oscuridad, busca lo que necesita. Al dar con la maleta, tira de las asas, sin acordarse de un florero viejo que de tiempo atrás han puesto sobre ella, el cual viene al suelo con un ruido de escándalo. Segundos después advierte que desde el otro extremo de la casa se acerca una lucecita. Va creciendo, va creciendo, ilumina el corral. Es la vela de tía Clara. Se había despertado y quería investigar la causa del fenómeno. María Eugenia, al verse descubierta, dice una mentira, y oye en su corazón el anuncio de que todo ha terminado.

En un bello arranque de valor moral, ya en vísperas del matrimonio, con el vestido de novia como «un huésped de nieve» en su aposento, resuelve desengañar al pobre hombre a quien estaba destinada. Pero piensa en la vida, en la pobreza, en la triste condición que será suya cuando muera la abuelita, y haciendo enmudecer las voces de reproche que le grita la conciencia, transige con ella misma, y determina no dejar escapar la oportunidad de casarse. En una carta innoble le declara a Olmedo que la escrita por él fué un atrevimiento, y lo amenaza con descubrirlo al novio sin continúa persiguiéndola «con proposiciones indignas».

En su definitiva claudicación, para dejarse alguna luz en la derrota, se compara con la *Ifigenia* de la tragedia antigua, y cree que es «una deidad terrible y ancestral, un monstruo sagrado de siete cabezas, que se llaman sociedad, familia, honor, religión, moral, deber, convenciones o principios», quien le exige en holocausto «su dócil cuerpo de esclava». Y entona una canción al espíritu de sacrificio, porque «así como el amor engendra en él placer todos los cuerpos, él, mil veces más fecundo, engendra con su beso de dolor la belleza infinita que nimba y que redime al mundo de todas sus iniquidades».

Pero no fué el espíritu de sacrificio el que impuso ese horror. Fué el miedo a otro sacrificio: el de la espera, el de la vida misma. Por eso, mientras lamiéndose golosamente los labios la aguarda César Leal, con su rostro y sus pasiones de turco, y mientras Gabriel Olmedo, el cobarde que se vendió a sí mismo, llora, redimido por el amor, lo irremediable, deben ir la ternura y el dolor, como dos canes, a aullar toda la noche frente a la puerta del sagrario donde como una hostia se encuentra María Eugenia!

* * *

Recién aparecida la novela ensoñadora y amarga, la leímos. Leímos después las respuestas de la autora a críticas de toda especie, desde la que iba acompañada por el nombre fulgurante de Unamuno, hasta la prosa desmirriada y burdamente ofensiva de sujetos que usan la sotana por dentro. Un día cualquiera, hace más de tres años, sentímos la tentación de decirle nuestra impresión a ella y desde las columnas de la prensa le dirigímos una carta, en que el estilo y el seudónimo no lograron disfrazarnos suficientemente. Fingiamos ser un anciano que desde los lindes de la eternidad contemplaba la última resolución de la niña caraqueña como el hundimiento de un astro.

Allí decíamos: «El libro suyo, espejo en que quedaron reflejadas las costumbres de un medio que a través del continente tiene muchas copias o ejemplares, ha provocado a lo largo y a lo ancho de la América nuestra un vasto clamor de simpatía. Pero acaso es en Colombia en donde se han publicado acerca de él los juicios más encomiásticos. La abuelita y la tía Clara de Caracas son también bogotanas. María Eugenia es la muchacha nuestra, que también ha soñado, que también ha viajado y que también ha vuelto a encontrar la sorda hostilidad, la incomprensión de espíritu, la censura de una sociedad más o menos pacata, que aunque rápidamente se transforma, no quiere sinembargo transformarse. *Ifigenia* es, en un aspecto decente, «la Confession d'un enfant du siècle». Lo que María Eugenia medita, proyecta, realiza, sufre y habla, lo han meditado, proyectado, realizado y sufrido muchas bogotanas, muchas limeñas, muchas niñas de Méjico o Santiago. No lo han hablado con el mismo donaire, ni menos lo han escrito con la sugerente poesía, el detalle arrullador, la frase alada de esa deliciosa María Eugenia que, en

Con Teresa de la Parra

(Envío del autor)

84 Bld. Victor Hugo.—Y mientras me ruedan hacia la casa de Teresa de la Parra, recuerdo lo último que leí sobre ella, fué de Gabriela Mistral, que ya es monumento; si mal no recuerdo, hablaba de la belleza griega, y comparaba a Teresa, con Santa Teresa.

—¿La señorita de la Parra?

—No está, pero tenga la bondad de esperarla unos minutos. Y en el pequeño saloncito me quedo pensando: claro está, bien poco debe interesarle un muchacho que todavía tiene el olor de las selvas de América, pero ella me había citado para hoy.., y yo le había dicho que le traía un saludo de nuesiro don Joaquín, de don Joaquín, el de todos nosotros, el de América.

—¿La señorita de la Parra? Cuánto gusto... ya me iba a regresar a mi casa.

—No, mire Ud., el tráfico en París es tan terrible, y luego estas costureras que la detienen a uno horas.

Al oír la palabra costurera *todo el amor propio me regresa al cuerpo, nada habrá nunca más importante para una mujer que un vestido; y Teresa ha vuelto a ser mujer: hace dos años que no escribe.*

—Yo tenía otra idea de Ud.; esa belleza de las fotografías no existe en Ud., su fisonomía es otra cosa. Ud. tiene en la cara las huellas de las gentes que piensan, y eso siempre hace daño...

Teresa tiene los ojos claros muy vivos, todavía su edad se puede decir porque aún está en la parte del arco ascendente de la vida. Tiene una preocupación, y es la gloria adquirida. En un platillo de la balanza está Ifigenia *y* Mamá Blanca, *en el otro está la gloria; el fiel, marca una justa compensación. Ahora Teresa escribirá otro libro y entonces el peso del trabajo y el mérito levantará el platillo de la gloria. Le preocupa grandemente todo lo que hay que leer, y ahora probablemente irá a Colombia, en donde ha sido invitada para dar unas conferencias sobre ella misma; creo que los colombianos no podían escoger mejor tema.*

A Teresa de la Parra le hace falta América, le hace falta el Sol, aquí se nos acuesta a las cuatro de la tarde, casi dan ganas de hablar del Sol como si se tratáse de una tercera persona.

Fuí al 84 Bd. Victor Hugo con Gabriela Mistral, los griegos y Santa Teresa de Jesús, y volví con Teresa de la Parra; ella se quedó en uno de los rayos de la Estrella; *yo, con su simpatía.*

París. 1929.

Max Jiménez

concepto de varón, quedará siempre como la mujer digna del trono, que bajó del trono porque hay hombres canallas y hombres majaderos—Gabrieles Olmedos y Césares Leales—pero también porque un día tuvo la debilidad, o el valor, como usted quiera, de traicionarse a sí misma.

»El criterio de mujer para juzgar a la mujer puede no ser de continuo el más seguro. Como María Eugenia procederían también, enfrentadas a la vida, casi todas las muchachas de la América española. Pero es triste, yo no sé si afrentoso, en todo caso amargo como la cicuta con que se despidió de la vida el mayor de los griegos, ese cambio del ánimo, ese huracán del capricho, esa entrega del tesoro virginal y espiritual a un beocio, que a pasos contados irá a hacer de María Eugenia una copia doliente de tía Clara. Yo, que voy para la paz, quisiera sinembargo mayores rebeldías. Yo quisiera la fuga de ese Olmedo, de ese imbécil, de ese rufián que desdeñó en la vida lo mejor de la vida y se vendió a la desgracia íntima por una suma cualquiera. Quisiera luego para María Eugenia, para esa viva escultura, para esa peregrina de ilusión, para esa fuente de goces soberanos escondida en la roca, y que sólo haría saltar un Moisés de alma dominadora y artista, el hallazgo del hombre, del hombre verdadero, del animador, del modelador, del que tuviera, si me permite usted decirlo, una alma sinfónica. Usted exclamará: «Aceptado, señor, pero eso no es la vida». Y yo, rabioso quizá contra la vida, pero quizá convencido, acabaré, no lo sé, por inclinarme.

»¿Por qué hará Dios las cosas incompletas? ¿Por qué en el mundo no aparecen, en el momento preciso, los hombres dignos de amar a María Eugenia? Porque los hay! Hay virtuosos del amor, hay Paganinis que sabrían pasar el arco de la caricia y del deseo por las cuerdas de esa alma lista para las vibraciones En dónde están? En todas partes, Teresa. Hay que saberlos ver y hay que saberlos despertar, porque ignorantes, ellos también, a veces, de su fuerza, y sin acordarse de que en el mundo existen mujeres prodigiosas, bajan los párpados y se quedan dormidos. Hombres y mujeres no nos comprendemos bien. Es la tragedia. Pero es también el deleite de la esperanza, que acaricia e incita. ¿Qué valdría el alma de la mujer, sin rincones de confidencia, para el hombre con pasiones de descubridor, que se ama en lo que descubre, del propio modo que descubre en lo que ama aquello que ha de hacerlo vivir y morir, morir y vivir, resucitar continuamente, en los minutos mágicos del acuerdo absoluto?

»Yo tengo el dolor de María Eugenia. Me retuerzo por ella. Muestro los puños crispados al destino y aborrezco a quienes por exceso y por defecto aparecieron a su lado para hacerla sufrir. María Eugenia, entre la espuma de seda, la ninfa en el cristal, la estatua inquieta, esa carne fragante y sonrosada para un festín de dioses, macerada y profanada ahora por las manos gruesas de un César Leal, ¿no es acaso una pintura del purgatorio o del infierno, no es un poema en el que va encendido un dolor shakespereano? Son horribles los destinos aceptados, cuando subconscientemente no son también los destinos elegidos. ¿Por qué sorprenderse de que los hombres tengan celos de César Leal, y quieran azotar con un guante el rostro de Gabriel Olmedo? En ese desagrado puede haber envidia, pero también hay ternura. Con ternura nos quedamos soñando en la existencia posterior de María Eugenia.

»Ida con César Leal, es una sombra, es casi un cadáver. Dejémosla ir en paz! Yo le hablo a la madre, yo le hablo a la autora. Es el espíritu de Teresa de la Parra, antes que el de María Eugenia Alonso, lo que me cautiva. María Eugenia claudicó, no le quepa duda, aunque otra cosa digan las niñas que se conmueven. Usted continúa en pie. Y es la gracia de usted, es la independencia femenina de usted, es su mohin irónico ante los elogios de los que no comprenden o las censuras de los que comprenden menos, lo que francamente me atrae y me seduce. Aquí se han publicado sus defensas. Aquí la queremos a usted con afán. Aquí temblamos ante la perspectiva de que el futuro se le muestre apagado. La queremos brillante, la queremos bella, la queremos joven, la queremos ágil, la queremos feliz, con una felicidad consentida, porque su cabeza no se ha hecho para la felicidad mentirosa de las resignaciones. No hay tal desprecio al tirano en la resignación, aunque lo diga Unamuno. La resignación es virtud del cristianismo. Y usted, Teresa, tiene el alma pagana. Consérvesela Dios, y acepte en este pobre homenaje de un anciano el voto cariñoso por que digno de su amor, para la armonía de las etapas venideras, sea el sembrador que hacia usted tienda los brazos anhelantes desde los confines oscuros del destino!».

* * *

Meses después nos llegó esta tarjeta, que fué escrita en Toledo:

«En viaje por España me ha sorprendido su carta. La leí encantada, y en España mismo me informaron acerca de su *ancianidad* y otros detalles interesantes. Ya le escribiré largo de París. No he querido dejar pasar más tiempo sin decirle entre catedrales, conventos y paisajes castellanos, toda mi simpatía. Hasta pronto!—*Teresa de la Parra*».

Tres años después, en un reciente viaje a París, la conocimos.

Teresa de la Parra es, ante todo y por sobre todo, una mujer. No tiene nada de los espantapájaros que hacen la campaña del sufragio en Londres, usan vestidos casi masculinos y dictan conferencias o pronuncian discursos con ronco acento de batalladoras, los sudorosos rostros sin afeite alguno, convertidos en máscaras horrendas para asustar a los niños.

Teresa de la Parra es una linda mujer. Esbelta, elegante, envuelta en pieles, fragante, alucinante, en sus palabras y en sus movimientos muestra cómo hasta el fondo del alma es femenina. En su sonrisa, que descubre unos dientes perfectos, mientras canta su voz con ese dejo de las mujeres de Caracas, que envolvieron a Bolívar, hay una invitación a la cordialidad. Atrae sencillamente, sin pretenderlo, por la sola gracia de esa boca, y por las miradas amables, alegres, llenas de inteligencia, de unos ojos claros y verdes, que parecen un regalo del mar.

Con Anatole France debe pensar que «el más grande pecado de una mujer es no ser bella», y ha de gozar plenamente, tanto como las palmas que rinden a su talento los que hablan la lengua de Cervantes, con la callada admiración de cuantos no han menester de recurrir al piropo para hacerle comprender que deja en ellos una impresión de agrado inolvidable. Si María Eugenia se parecía a ella, cómo ha debido comprender, no obstante la reacción refleja que hizo perder los anteojos a un poeta de Colombia, el fervor admirativo que encontró en él, a bordo del vapor en que viajaban, un modo de expresión inconveniente... O conveniente. El homenaje que sus encantos físicos reclaman se limita al reconocimiento. Lo que sea como mujer interesa al amor, que la ha rondado muchas veces sin que ella haya querido que se le quemen las alas. Es su labor como escritora lo que contempla la literatura. Pero no sobra advertir que, al revés de tántos casos de ayer y de siempre, en la conversación con ella se descubre a la autora del precioso libro que tan rápida carrera hizo en América, mientras toma aliento, que es la traducción, para ganarse a Europa.

Ella y su libro son una revolución en marcha. Sin que al hablar use las imágenes que escribe, y sin que dé a la frase esa forma encantadora, llena de sutileza, y en ocasiones de profundidad, del libro, basta oirla un momento para darse cuenta de que tánta gracia natural debe condensar en fórmulas como las de *Ifigenia*, tan pronto como sienta la tentación de la pluma. Francis de Miomandre se equivocó al hablar de ingenuidad respecto de ella. De ingenua no tiene ni el color ni el deseo. Es naturalidad la palabra precisa. En Teresa de la Parra la naturalidad triunfa, porque es una fuerza, y la baña en luz, porque es una aureola.

Con esa naturalidad, y a pesar de la entrega final por espíritu de sacrificio, ha hecho un libro revolucionario. Dijimos que en Suramérica había sido como una explosión. Mas no por el argumento sino por las razones. Hasta cierto punto figura María Eugenia en otras literaturas, especialmente en la inglesa y en la americana, aunque Francia tiene, en obras, por ejemplo, como *Mi párroco y mi tío*, caracteres frescos, espontáneos, naturales, de indudables analogías con la heroína de *Ifigenia*. Pero en Anita Loos, cuyo libro *Los hombres las prefieren rubias* ha tenido una acogida tan descomunal, hay un tipo quizá más parecido. No es, con todo, suramericano.

El hallazgo de Teresa de la Parra y la dinamita que puso en María Eugenia son precisamente la oposición entre el medio y los anhelos de una muchacha contagiada de Europa. No hay inconveniente en advertir que entre nosotros la mayoría de los hombres antepone, para el hogar desde luego, no para el salón de baile, la María de Isaacs, tan llena de ternura, de dulzura, de sumisión, de inocencia, a la heroína espiritual e inquieta de Teresa de la Parra. Gonzalo Zaldumbide apunta lo contrario. Al comparar hermanas tan desemejantes, se detiene en la última y pregunta: «¿De dónde le viene a ésta tan turbador encanto que preferiríamos su peligro a aquella paz inconsciente?...»

Nada más consciente que la paz de María, nacida para el amor y moribunda en sus aras. Nada, por otra parte, tan explicable como el anhelo femenino de ser algo más que la criatura que en el hogar cifra todo. Pero escoger el tipo peligroso, ante la dulce mujer en quien la vida no es sino una ocasión de demostrar que hasta la última gota de su sangre pertenece, es para el hombre a quien su corazón pertenece, es revelar un ánimo sencillamente guerrero. La comparación de Zaldumbide se imponía en un estudio sobre la evolución de la sensibilidad y la transformación de las costumbres amorosas, no del amor, porque el amor no cambia. Frente a frente puso dos tipos de mujer, no dos novelas, ya que nada importa al análisis ese afán de los hombres sistemáticos porque se diga si un libro es superior a otro, y porque de una vez se le señale el puesto que le corresponde en la literatura. Cada cual en su ambiente, en su género, en su hora, es una obra de arte. Para la *María* de Jorge Isaacs, para

la *Ifigenia* de Teresa de la Parra, habrá siempre lectores, como en la vida habrá siempre adoradores para sus encarnaciones opuestas.

* * *

Como todo autor que de un golpe conquista la celebridad, Teresa de la Parra inspiró el temor de haber dicho en *Ifigenia* la totalidad de su mensaje. Era suficiente para su gloria haber escrito ese libro. Acaso nunca llegue a superarlo. Pero en ella continúan vigentes la capacidad emotiva, el dón de expresión, esa alada inspiración que encuentra poderosas imágenes para decir cosas tan diferentes como la tristeza de llegar, la utilidad de la mentira, la fruición de la seda, la marcha del terror, los milagros divinos y obseisonantes del cuerpo. Quedan en ella la facultad de observación, esa retina prodigiosa que capta hasta en sus menores detalles cuanto mira, el gusto del paisaje, la ironía disolvente. Sonriendo, jugando, asesta cada golpe a los prejuicios que los desgonza y aplasta. Ve el lado ridículo de los seres, de las costumbres, de las cosas, con una nitidez que desconcierta. Y en un estilo limpio, abundante, con líricas sorpresas en que la contenida emoción suelta sus aguas, va contando los pasos del silencio y probando que en el corazón de la mujer moderna, tan llena de comprensión e inteligencia, aún queda señalado el sitio para el dardo romántico.

Poniendo a prueba tales condiciones, acaba de publicar un nuevo libro, *Las memorias de mamá Blanca*, que es un nuevo triunfo. Está presente en él toda la pericia de quien tiene el dón de narrar magistralmente. La misma malicia, la misma agilidad, la misma paleta generosa, de donde toma los colores con que lleva al lienzo figuras de extraordinaria animación y la paz de los campos. Aquí ya no hay problemas, ni conflictos, ni ideas que se presten a disputas. Es un libro diáfano.

Se trata de contar la vida de seis niñas, la tercera de las cuales tiene cinco años. Viven en una hacienda con sus padres y al cuidado de una institutriz de sangre inglesa. Juegan, corren, pelean, sufren castigos, hacen preguntas cuya respuesta es difícil, cuando no imposible, y sin darse cuenta de la felicidad que siembran y cosechan se van desarrollando. Aquí no pasa nada. Todo es idílico, sencillo, con olor a azucena. Son pequeños paisajes de la de la vida, en los que Teresa de la Parra pone su ciencia del matiz, con la presentación de personajes singulares, muy de nuestras tierras, que los alegran y animan.

Así como en *Ifigenia* dejan huella indeleble el tío Pancho, volteriano de infinita bondad, y Gregoria, la sirvienta de color, marrullera, regocijada, sabia de experiencia, de finas intuiciones y de lenguaje picante, a veces atrevido, en *Las memorias de mamá Blanca* hay un primo Juancho, un Vicente Cochocho y unos rústicos, cantores y poetas, que mezclados en la vida de las niñas la iluminan de comicidad y de gozo.

Afirma el libro que las gentes impresentables son generalmente las más interesantes, lo que demuestra con los retratos de algunos seres, acreedores a ambos calificativos. Cochocho, apodo que significa piojo, se le había puesto, y no por limpio, a un buen trabajador, lleno de cuentos, que en cuanto oía sonar un tiro o sabía de un proyecto de revolución, abandonaba la hacienda para ir a defender *sus principios*, y que en la paz volvía con el mismo ánimo, el mismo lenguaje sentencioso, sarpullido de *asinas, truje, vide, mesmo, dende* y otras ex-

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc., a todos los países en las mejores condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

presiones del Siglo de Oro que se quedaron en el pueblo, a trabajar y a escupir, cuando tenía alguna preocupación o necesitaba meditar unos minutos, con una puntería admirable. «Nadie podía saber dónde, cómo ni cuándo Vicente Cochocho había escupido. Era lo mismo que el rayo: pssst!, que cruzaba con rapidez el espacio y se perdía en lontananza entre las matas». No lo hacía con sus iguales. Escupir de ese modo era en él una señal de consideración y de respeto.

Divertía mucho a las niñas. Era él, sin otros conocimientos que los adquiridos sobre los surcos, quien les enseñaba filosofía y ciencias naturales. Humildemente, sin aires de don Juan, vivía con dos mujeres, que en la mejor armonía se afanaban por complacerlo y mimarlo. Cuando la madre de las niñas, en desarrollo de una obra moralizadora, que «como toda obra para la cual no se exije dinero, cundía», le dijo: «O te casas con una de las dos o te quedas viviendo solo», él, escupiendo por el colmillo previamente, declaró que le diera *un tiempito*, mientras llegaba la cosecha de café, para darles algún dinero y separarse de ambas, lo que continuó repitiendo indefinidamente a través de innúmeras cosechas. Cualquier día, en vísperas de revolución, partió. De él no volvió a saberse. Destripado en cualquier cumbre por los buitres, después de ser herido en un combate, debió morir acaso como un héroe.

Tipo curiosísimo es también el vaquero, conocido en los contornos de la hacienda como cantor de voz muy agradable, que contesta al patrón, cuando le dice que les cante a las vacas para que no den coces, ni escondan la leche, ni se desamarren: «Entienda, don Juan Manuel, que yo (aquí se puso una mano extendida sobre el pecho) soy hombre para cantar en un baile mis galerones y mis corridos, y que, en efecto, hay muy pocos que me ganen ni en cuanto a la música ni en cuanto a la letra. Pero yo (aquí se arrancó la mano del pecho) no soy hombre para cantarles a unas vacas como si fueran gente. Eso sí que no! ¡A eso no me reduce a mí nadie! Los tiempos de la esclavitud ya se acabaron. Busque otro vaquero».

El primo Juancho, que «tenía la inocencia virginal de los que nunca han trabajado», era un hombre bueno como el pan, erudito, locuaz, de humor cambiante, que gustaba de la discusión, empujaba sin lógica al interlocutor a los temas que mejor conocía, aunque distasen varias leguas del que contemplaban, conservador y liberal, lleno de énfasis, de contratiempos y de indignaciones, que «llevaba con reserva su pobreza noble y cepillada». Pasaba de un tema al otro como un diccionario, lo que hace detener a la autora para reconocer que «el diccionario es el único libro ameno y reposante, cuya amable incoherencia, tan parecida a la de nuestra madre naturaleza, nos hace descansar de la lógica, de las declamaciones y de la literatura». Con sus anécdotas, sus discursos, sus recuerdos de viaje, sus abundantes y disparatados conocimientos, su espíritu hidalgo y su amor al *Quijote*, el primo Juancho, que había asistido enfurecido y bondadoso al entierro de «la vieja gracia campechana», se dejó enterrar cualquier día, porque no pudo convencer a la muerte de que no debía llevárselo.

Entre tipos de esa índole discurre la vida de las niñas. Huele a establo, a yerbabuena, a poleo, se oye el mugir de las vacas, la imploración de los terneros, las vociferaciones de los gañanes, el murmullo del agua. Flores y hierba, leche, caña de azúcar, guarapo: la hacienda esconde esas deidades, que gustan de entregarse, en toda la plenitud de su significación, a las almas infantiles. De la cocina al potrero, del potrero a la alberca, de la alberca al trapiche, la vida es deliciosa. El último especialmente, como compendio del club, teatro y ciudad, es el sitio predilecto del ramillete de niñas. Como allí «no se reunía la gente con el objeto de divertirse, la reunión era agradable».

A ese respecto hay en el libro una observación encantadora: «En el trapiche no era indispensable, como en los bailes, dar vueltas y vueltas gravemente y a compás sobre tacones altísimos, ni tampoco era de rigor el afirmar, con un sandwich en una mano y una copa de champaña en la otra, todos esos lugares comunes que la mayoría de nuestros interlocutores, mucho más elocuentes que nosotros, afirman con tánto ardor y con tánta seguridad, en forma brillante y arrolladora». El trapiche era la ilusión suprema de las niñas, tanto que cuando para castigar el empleo de una expresión descompuesta, usada por una de ellas, resolvió la institutriz suprimirles durante varios días las visitas a tan amable lugar, las dejó sumidas a todas en la mayor amargura.

Mamá Blanca, llamada Blanca Nieves en la niñez, era una de ellas. El libro es una evocación de los tiempos cargados de inocencia hecha por una anciana de dulzura inagotable, que quiso poner reflexiones, henchidas de emoción y hasta de poder educativo, al margen de los recuerdos. Al hablar, por ejemplo, del castigo mencionado, dice con donosura: «La severidad de Evelyn salvó al trapiche de la oscuridad. El trapiche vive, titila en mis recuerdos. Al sembrar prohibiciones sobre los objetos y lugares que nos rodeaban, Evelyn les daba vida». Acaso sin pensarlo les enseñó el valor de los placeres, de las ilusiones, de las comodidades, porque nada se aprecia tánto como lo que después de formar parte de las alegrías cotidianas desaparece o corre algún peligro.

Les evitó el fastidio de los niños saciados, de aquellos cuyos caprichos son órdenes y que viven rodeados «de cajas de dulces, de muñecas, de carros, de caballos de cartón, de todos esos juguetes tenebrosos, que como los pesares de la vida adulta tiene por fuerza que sobrellevar la infancia». Los juguetes preferidos de las niñas eran fabricados por ellas, con hojas, piedras, latas, huesos, tusas, que representaban lo que el capricho les iba aconsejando y les hacía sentir «la fiebre divina de la creación», lo mismo que a los poetas. Por eso en el atardecer pudo decir mamá Blanca que la vida había imitado a su nodriza. «Me dió a probar todos sus bienes, pero, bondadosa, me los dió tan tasados y tan a su hora, que jamás la saciedad vino a apagar en mi alma la fresca alegría del deseo».

Como el deseo en la niñez es mariposa, que no se posa sobre el mismo cáliz, para las niñas fué un día feliz aquel en que supieron que su padre había vendido la hacienda de Piedra Azul, con ánimos de ir a establecerse con la familia a Caracas. A Caracas llegan, ávidas de

novedad, bulliciosas, a aprender diariamente mil cosas divertidas, a concurrir a la escuela, a jugar, a soñar, hasta cuando amanece el día en que una vaga nostalgia se les va insinuando, con el pensamiento de los deleites cristalinos que perdieron, al tiempo con la libertad, de que era símbolo el campo. Y cuando retornan, invitadas a pasar un día alegre por el nuevo dueño, una gran melancolía es la que encuentran, al pensar en tántos seres amables desaparecidos y al advertir que mil detalles, de los que comprometieron su fantasía y su corazón, habían sido cambiados.

Una dulce tristeza se escapa de este libro. No hay entre nosotros quien no tenga recuerdos parecidos, y quien al evocarlos no llore, en lo interior, el adiós de esa frescura, que la vida nos roba, a tiempo que nos va arrugando. No hay sentimentalismo allí en las expresiones. Hasta el dolor causado por la muerte de una de las niñas tiene al margen una nota sonriente. La madre, de lenguaje rebuscado, no gemía: «¿Por qué me dejaste tan sola?» sino «¿Por qué me dejaste íngrima?», expresión que forzosamente había de quedar como un misterio en la memoria de las otras hijas. Teresa de la Parra, que en *Ifigenia* bordó con la pluma sutiles arabescos, correspondientes a complejidades y a perplejidades de la inteligencia, en las *Memorias de mamá Blanca* escribió como un niño.

Es un arte en extremo difícil el de esa sencillez. Copiar los sentimientos de la infancia e impregnarlos del perfume que tuvieron cuando no sabían expresarse, o se expresaban débilmente, es haber conservado una limpidez de alma digna del dón magnífico. Teresa de la Parra, cuyos ojos sabios han visto cuanto la vida tiene en esplendor y en quebranto, y por cuyos oídos han pasado todo el clamor de imploración que su hermosura inspira y todo el fervor de devoción que su labor despierta, es dueña de esa gracia que le permite ser niña y ser mujer, para conmover o inquietar, según le venga en gana. Muchas otras actividades podrán tentarla luégo y muchos otros libros salir de su pluma para divulgar su hechizo. Pero los publicados ya son suficientes para que en la América latina miremos hacia ella con un afecto hondo, en el cual deben caber holgadamente la admiración y el orgullo a que naturalmente conduce la certidumbre de saberla nuestra.

L. E. Nieto Caballero

La bondad redentora

=Del tomo IV de los *Artículos*. Barcelona. 1912=

Así como gusta a veces salir a la libertad de los campos sin dirección obligada, dejándose llevar tan sólo por el vario atractivo de los caminos que se ofrecen al paso, así también place al espíritu, en ciertas horas, ser selicitado por el azar de los libros abiertos al descuido y como por el presentimiento de hallar en ellos la sabiduría que mejor conviene al instante.

Hay, sobre todo, libros que nunca se abren en vano: los Libros Santos siempre tienen algo que decirnos, y una cierta inspiración conduce nuestra mano a escoger entre ellos y a abrirlos en la página propicia.

De este modo se han encontrado hoy nuestros ojos con el Evangelio según San Juan, en el pasaje aquel en que los escribas y fariseos presentan a Jesús la mujer sorprendida en adulterio.

«Maestro—le dicen—esta mujer ha sido sorprendida en adulterio, y Moisés nos mandó en la ley apedrear a estas tales. Pues, tú, ¿qué dices?—Y esto lo decían tentándole para poderle acusar. Mas Jesús, inclinado hacia abajo, escribía con el dedo en tierra. Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo: —El que entre vosotros esté sin pecado tire contra ella la piedra el primero. E inclinándose de nuevo continuaba escribiendo en tierra. Ellos, cuando esto oyeron, se salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros. Y quedó Jesús solo, y la mujer que estaba en pie en medio. Y enderezándose Jesús le dijo;—Mujer ¿en dónde están los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado?—Dijo ella:—Ninguno, Señor.—Y dijo Jesús:—Ni yo tampoco te condenaré: Vete, y no peques más.—»

La lectura del sublime episodio deja a uno encantado, sin saber qué decir, ni siquiera qué pensar, sólo con el alma inundada de la bondad divina ante la cual todo mal se desvanece.

Queda en el alma la visión plástica de la escena: Jesús sentado en el suelo, inclinado, escribiendo con el dedo en la arena cosas divinamente vagas, y la mujer en pie ante El, solos los dos, tras la avergonzada huída de los acusadores confusos. Y luego, en aquella soledad producida por la bondad, enderezarse Jesús y decir:—Ni yo tampoco te condenaré. Vete, y no peques más.—

Esto sucedió «de mañana», según el texto sagrado. Debió ser una mañana muy clara; y en la claridad de ella nos parece ver a la mujer alejarse lentamente y con la cabeza baja, y quedar Jesús solo, en medio de una paz inmensa, inclinado otra vez al suelo y escribiendo en él, con el dedo, cosas divinamente vagas.

Si en el tiempo que permanece en nosotros la evangélica visión nos fuera presentado el mayor criminal del mundo para que lo juzgáramos, ¿le condenaríamos en nuestra alma? ¡Qué horror, condenar!

Ante la culpa que hiere nuestro sentimiento del bien, puede nuestra naturaleza reaccionar en un movimiento de repulsión hacia el culpable en proporción al estado de nuestra moralidad y a la perversidad que la culpa le presenta. Pero juzgar, lo que se llama juzgar, condenar el fondo del alma del culpable ¿quién se atreverá a tanto si forma parte del cuerpo místico de Jesús?

Tal vez hemos encontrado en nuestro camino un hombre que hemos reputado por malo o despreciable. No le fiaríamos ni el más superficial sentimiento de nuestro corazón, ni un cabello de nuestra cabeza; aun el dirigirle la palabra nos cuesta un esfuerzo, y estamos a punto de condenarle irremisiblemente en nuestra alma. Pero he aquí que un día descubrimos que aquel hombre tiene hijos y que no solamente les ama (pues esto aun en las fieras es sentimiento natural), sino qua es apasionadamente amado por ellos, lo cual supone algo fuertemente bueno en el padre. Ante aquella manifestación reveladora, nuestro juicio retrocede espantado, y el hombre que estuvimos a punto de condenar en su todo, nos inspira un súbito y profundo respeto, y aun le otorgamos una buena parte de nuestro afecto.

Entonces se nos hace evidente que cada hombre es un castillo de Dios, inexpugnable a nuestro juicio humano, y cuya recóndita fortaleza y secretas defensas sólo Dios puede medir y contrastar para sostenerlo o arruinarlo.

«Pasad por la noche a orillas del mar —dice Ernesto Hello;— bajad los ojos: contad los granos de arena de la playa; alzad los ojos: contad las estrellas del cielo. Todo esto es poco. Pero si probáis de contar las acciones y las reacciones interiores y exteriores, las pasiones, las gracias y las tentaciones, las circunstancias, los golpes y los rechazos, los asaltos de dentro y los de fuera, los caprichos, los deseos, los éxitos, los fracasos, los dolores y los ataques: esa multitud inmensa de esfuerzos contradictorios que proviniendo de él, sobre él, por él o contra él, han producido al cabo de cuarenta o cincuenta años al hombre que tenéis en un momento dado ante vuestros ojos; si intentáis ese cálculo infinito, buscáis un número que sólo Dios conoce, queréis levantar el velo que oculta la justicia eterna, y tal atentado parécese quizás al de aquel soldado de Josué que puso sus manos sobre lo que estaba reservado: sobre el anatema.»

He aquí, pues, cómo nuestros juicios deben rodearse de una santa circunspección que les imposibilite de hacerse demasiado totales y demasiado definitivos, y que les purgue de la hiel de nuestro egoísmo y de nuestra soberbia.

¿Hemos de cerrar, pues, los ojos a lo que nos repugne, transigir con lo que nos rebaje, y abrir los brazos al que va a herirnos? ¡Oh! no, por cierto; pero obedecer solamente al impulso defensor en su pureza natural y en su naturaleza momentánea, sin erigirlo en juicio terminante; dejar el juicio siempre abierto a reforma para cada caso, y esperar siempre una oculta bondad en cada cosa; y que además nuestra bondad se haga redentora, saliendo al paso de la que pugna por brotar del fondo de todas ellas, puesto que en el amor fueron todas creadas.

Suponed a la adúltera del Evangelio apedreada según Ley; suponedla sobreviviente a un tal suplicio, y nada os costará (antes bien os sentiréis inclinados a ello) figurárosla reincidente en su impureza, vivo aún el dolor de las piedras en sus carnes. Pero esta mujer que en la claridad de la mañana se aleja lentamente de Jesús que sólo le ha dicho: —Vete y no peques más— ¿podéis figurárosla otra vez impura? Nunca más. La voz del Señor la purificó para siempre en vuestra mente.

Juan Maragall

5-II-1908.

Del poliedro americano

(Envío de la autora)

VASCONCELOS, como bandera del Partido del pueblo, durante la última elección presidencial, es un acontecimiento que tiene trascendencia para el porvenir de nuestro destino, para nuestra influencia política frente al poder de los Estados Unidos.

Los que hemos vivido la lucha durante esta campaña política, no podemos sentir fracaso, antes bien, esperamos acontecimientos, quizá no éxito nacional inmediato, pero esperamos acontecimientos de trascendencia.

Nos defraudaron. El pueblo de México, empobrecido por veinte años de revolución, en cuyo período sólo ha disfrutado de pequeños paréntesis de paz que sólo han sido treguas para reanudar la agitación sangrienta que nos ha diezmado. La Nación debilitada por el éxodo de cuatro millones de mexicanos que buscan su pan en la Roma moderna. Porque ahora como entonces, sólo en el país imperialista es posible la vida. Tema trágico de la historia humana que se repite.

Veinte años de revolución, veinte años que apenas nos han dado tiempo para mirar hacia nosotros mismos. Han caído en el seno de esta revolución nuestra, doctrina tras doctrina, ideal tras ideal. Doctrinas e ideales acariciados ardientemente por los de buena fe, explotados ávidamente por los listos, que de engaño en engaño han ido agotando la fe del pueblo en la bondad de bellas doctrinas.

El fraude electoral consumado con la ayuda y complicidad del Embajador Americano, tiene que ser cobrado muy caro, porque si la política es igual que la seguida en Nicaragua, las circunstancias son otras.

El año que duró la campaña electoral, las autoridades recurrieron al asesinato, armando alevosamente a presidiarios disfrazados de gendarmes y a quienes se les dió la libertad a condición de que mataran a aquellos que las autoridades les señalaran. No sólo ellos, sino también un grupo de Diputados, organizados en verdadera banda de asesinos, amparados en un fuero que sólo aquí se usa para que queden impunes delitos del orden común, se dedicaron a sembrar el terror.

La campaña se sostuvo hasta el final gracias a la voluntad de un hombre y a la disciplina de un Partido. Fracasó el plan del Gobierno. Pretendieron que el Vasconcelismo, en mitad de la campaña hiciera lo que debido a las persecuciones hicieron Serrano y Gómez y más tarde Valenzuela y Villarreal: levantarse en armas. Con esa intención se cometieron asesinatos, se consumaron atropellos y se esgrimió ruinmente el insulto. Pero falló el sistema, esta vez se trataba de un movimiento popular. La campaña fué sostenida centavo a centavo por el pueblo, no faltaron humildes vendedores de periódicos que se impusieron una cuota diaria de cinco centavos. Las colectas para propaganda tenían la mayor parte de las veces el aspecto de limosnas de iglesia, así era la cantidad de moneda chica y de cobre que se reunía para pagar impresos y pasajes de propagandistas.

Llegaron las elecciones y entonces, ya sin pudor, se organizaron los gendarmes en contra del pueblo, se dispuso de los barrenderos, de los obreros de todos los talleres pertenecientes al Gobierno y se les amenazó en todas formas si no se prestaban a todas las maniobras planeadas por aquellos hombres que han escrito ya su página en la historia, página negra que a todos nos avergüenza.

Ningún acto se apegó a los preceptos legales. La venida del entonces Embajador, sumiso a los mandatos de Calles, no llenó los requisitos de residencia; la declaratoria oficial se verificó dos días antes del señalado con anterioridad en las disposiciones respectivas. Todo se hizo ilegalmente. Las elecciones no se evitaron porque el Vasconcelismo los obligó a llegar hasta el 17 de noviembre.

Ahora bien, la situación no puede definirse. Vasconcelos, como bandera de la elección pasada, tiene una grandeza que proyecta sombra en los designios de los Estados Unidos. No se trata de Augusto Sandino, grande en su rebeldía, pero obscuro hasta el momento en que su actitud gallarda lo mantuvo altivo y fiero en su sierra. Ahora se trata de un hombre que tiene una doctrina, a quien no pueden acusar de traición. Se trata de alguien que tiene hecho un prestigio internacional y por quien los mejores ingenios del mundo se preocupan. Todas estas circunstancias, son la sombra de que no pueden librarse los Estados Unidos. Nosotros entendemos bien su tendencia incontenible, casi pudiéramos decir biológica. Son un organismo fuerte que tiene que dirigir su fuerza hacia todas partes. Pero, hay un pero. Los pueblos están obligados a ciertas reglas de ética, a ciertas normas que limitan los impulsos meramente biológicos. Los Estados Unidos no pueden eludir esas reglas; es más, creemos que son celosos de que se crea que las cumplen y ese es el apuro en que ha metido Mr. Morrow a su país en el caso actual.

Es malo que se haya atravesado en el camino del Embajador Morrow un hombre de cultura, un hombre que no necesita intérpretes para entender a los extraños, que puede decirles lo que piensa y sobre todo a quien se dá crédito en el mundo, a quien en los mismos Estados Unidos se le oye. Es malo, para los planes del Embajador Americano que haya sido Vasconcelos y no otro, con el que el pueblo se abanderó en esta pasada elección.

Naturalmente la lucha no ha concluido, ahora se mantiene sorda, callada, pero activa. Los cateos se suceden con toda clase de atropellos. La prensa es amenazada y se le impone silencio. Se encarcela, tenemos a varias mujeres presas y a más hombres aún; pero la prensa no puede decir nada de todo esto, la censura se lo prohibe, el público no debe de tener noticias. El Gobierno necesita que todo esto no se sepa. Todo es alegría y paz según el decir de cables y declaraciones. Lo cierto es que tienen miedo los próceres. Buscan sin encontrar focos de rebelión, preparación de atentados. Por todas partes sienten que se levantan conspiraciones y en el fondo es que saben que obraron mal y sienten que el pueblo nos dió una sorpresa, a ellos y a nosotros.

El pueblo está mucho más preparado para la democracia que lo que todos nos habíamos figurado. El pueblo siente que se le burló y quizá hay en cada pecho de los que se aprestaron a la lucha, un deseo secreto de castigar, de vengar la ofensa y ese secreto deseo puede formar una voluntad y convertirse en acción. Pero un movimiento ahora no será igual, no puede ser igual a todos los que hemos tenido. Habrá sangre, habrá ruina, pero no hay ilusiones ciegas por bellas promesas, por doctrinas de fuera, por ideales no claros.

Vasconcelos, como ninguno, tuvo el cariño del pueblo. Su llegada a la capital el día seis de octubre, fué un verdadero arrullo de la multitud, fué una de esas manifestaciones que conmueven, pero así y todo, más de un rictus de escepticismo plegó los labios de algún admirador. Alguien me dijo: «No creo en el triunfo; Vasconcelos es genial, pero este entusiasmo, este homenaje al que yo y muchos como yo, se han sumado, es en desagravio a toda la gente que entre nosotros no ha sido estimada como debiera. Vasconcelos conduce hoy una siembra que él no recogerá. No sólo porque se lo impiden los enemigos, pero porque él, soñador y todo, culto y famoso, no tiene la hechura de una pieza que se requiere para una empresa como esa que debe emprenderse para enderezar todo lo que representa nuestra tragedia. No soy pesimista, agregó: creo en nosotros, creo en esta enorme labor realizada, porque este HOMBRE se prestó para que en torno de él nos reuniéramos todos los que tenemos una misión de desinterés, o por lo menos de interés como raza, como cultura. Verá usted, Vasconcelos, en el mejor de los casos, se verá obligado a abando-



El traje hace al caballero y lo caracteriza y La Sastrería

La Colombiana

de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este de "El Cometa", frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3283

nar el país y entonces, el común de las gentes, que desconfía de todos, que no cree íntimamente que la salvación le venga de ningún hombre, no creerá que esa salida sea obligada y temporal. Tendrán entonces que pensar en que él no estuvo al frente para abatir al enemigo, esto originará pérdida de fuerza y en consecuencia tenemos que ir pensando en algo, en algo serio.»

Hablamos sobre ese algo serio. Sobre la condenación de nuestra raza en tanto que no desista de formarse ídolos de los hombres, en tanto que con su fé y entusiasmo cometa la tontería de envanecer y de perder a los mismos a quienes admira. Hablamos sobre el deber nuestro, sobre nuestra capacidad para entender la situación y la resolución que debemos de tomar. Rechazar por sistema un lugar único, rehusar hacernos el objetivo de cualquier lucha y colocar en nuestro lugar el ideal claro de una espiritualización colectiva, que seamos los primeros en obligarnos a servir. Usted misma, me decía mi ilustre amigo, comience a rehusar su puesto que las mujeres organizadas y entusiastas le darían con agrado. Hágales entender que el movimiento es producto de una serie de antecedentes y que el futuro tiene que ser de consagración para un ideal de continua superación colectiva y de estimación, simple estimación individual para aquellos que sean capaces de guiar.

Y pensé entonces y pienso ahora que es verdad. Que nuestro aplauso perjudica, que en el fondo de cada uno se agita más o menos brillante la llama sagrada del espíritu y que debemos apartarnos, encender y alumbrar, sin cegar a los humildes, sin consumir a los próceres del pensamiento.

Por eso, estamos en espera de acontecimientos. Por eso, creemos en la fecundidad de nuestra labor y por eso en nosotros está viva la rebeldía que alienta y que creará un ideal impersonal, alto y claro, digno del sacrificio. Un ideal que nos dé la fuerza razonadora para el crecimiento, la consistencia social y el arranque místico que nos salve, que nos liberte de la amenaza de esclavitud que pesa sobre los que rinden culto a la materia convertida en industria, en riqueza y belleza plástica; en vez de tomarla como un instrumento, cómodo y amable, bello y digno de la sociedad, pero no como fin de la vida, no como ideal máximo de las aspiraciones humanas.

Este momento que vivimos los mexicanos, es de angustia. es de valorización. Analizar valores, es matar ilusiones, es derribar ídolos; pero es volver a nosotros mismos, es salvar una cultura y afirmar una raza en su grande destino.

Ante nosotros aparece el único símbolo que debe guiarnos: la CRUZ, la sangre y el martirio para llegar al TABOR que conduce a la SALVACION.

Elena Torres

México, Enero 1°. de 1929.

Tablero
1930
Una institución que trabaja

Guatemala, 14 de setiembre de 1929.

Señor don Sofonías Salvatierra,

Managua, Nicaragua.

Muy señor mío:

La Universidad Popular de Guatemala, que nació al calor de los más elevados ideales de regeneración nacional por medio de la cultura y que ha venido desarrollando desde su fundación una labor modesta pero eficaz, en pro de la alfabetización de nuestro pueblo, pretende esta vez intensificar y organizar en una forma más conveniente su cruzada de redención de nuestras masas populares, para lo cual necesita del contingente de todas las personas de buena voluntad de nuestro país, especialmente de los intelectuales, quienes son los llamados, en su concepto, para laborar por la causa de la cultura colectiva.

Para hacer conciencia entre nuestros distintos elementos sociales sobre la necesidad imperiosa de organizar una campaña eficiente de cultura popular en nuestro país, estamos utilizando en la actualidad, como instrumento eficacísimo de propaganda, el importante folleto de Alberto Masferrer, en el que están incluídos sus dos ensayos titulados *Leer y Escribir* y *La Cultura por medio del Libro*, folleto que tenemos el gusto de enviárselo junto con la presente, a fin de que Ud. cuyos prestigios intelectuales auténticos son unánimemente reconocidos en Centro América, se sirva escribir un comentario sobre los ensayos de referencia, y se pueda, de esta manera, despertar el interés colectivo que es indispensable para organizar campañas de esta índole.

Como no tenemos interés especial en que su comentario aparezca en determinado periódico, rogamos, en caso tenga a bien atender nuestra solicitud, lo envíe donde mejor le parezca, o, si no tiene preferencia por ninguna publicación, se sirva enviarlo a la Secretaría de la Universidad Popular para que sea publicado oportunamente en el boletín de nuestra Institución.

No dudando que Ud. atenderá la pequeña sugestión que ahora le hace la Universidad Popular, me es grato suscribirme con muestras de mi especial consideración y estima, como su muy atto. y S. S.

Máx. Rendón N.
Secretario General.

Una felicitación

Orotina, diciembre 2 de 1929.

Señor don
Joaquín García Monge,
San José.

Estimado don Joaquín:

Hay en las páginas del último número de su acreditado *Repertorio* (de 30 de noviembre ppdo.) una nota que merece marco de oro, me refiero a la protesta de algunos miembros del Partido Laborista Panameño, y que integran el Consejo Municipal de la ciudad de Colón, oponiéndose a que esa Corporación disponga de la suma de quinientos balboas, para contribuir a la erección de un monumento que perpetúe la memoria de Teodoro Roosevelt.

Esta su actitud, libre, levantada y patriótica, merece el aplauso de los centro y suramericanos que todavía conservamos en su puesto nuestra dignidad; rendir ese homenaje a Roosevelt significa la más tácita aceptación del oprimente yugo imperialista, y un pueblo que siente sus libertades y sus derechos conculcados por la voracidad yanqui, no puede, salvo el concepto de humillante servilismo, permitir esas manifestaciones colectivas; en buena hora tengan en sus casas esos bustos los que por intereses personales quieran congraciarse con ellos, pero un pueblo digno debe siempre protestar de esos atropellos a su dignidad, que lo coloca en postura ridícula, y desairada ante los demás pueblos de nuestro Continente, y es un deber de verdadero patriotismo mantener muy en alto y sobre el pedestal de nuestra soberanía los pabellones de nuestras patrias hispano-americanas y no permitir que en su suelo y bajo su sombra se levante monumento de recuerdo a quien la muerte no le dió tiempo a arrebatárnoslos.

Mis felicitaciones a los firmantes de esa digna protesta y para su Revista, la más alta y libre tribuna de América.

Amigo affmo.

Luis Rubio Guerrero
(Colombiano)

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

Seguros sobre la vida-Incendio-Accidentes del Trabajo-Tansportes Marítimos

Capital..................................	₡ 4,000.000.00
Reservas diversas al 31 de Enero de 1930.	3,487.307.58
Pólizas en vigor a la misma fecha.	₡ 78,819.909.67

Hora y veinte con Carlos Pellicer

= De *Revista de Revistas*. Méx. D. F. =

El poeta Carlos Pellicer llegó a París desafiando al rudo noviembre francés con esguinces de torero: capote al brazo, sin chaleco y en traje de Palm-Beach. Venía convexo hacia la femenina ciudad, midiendo desde toda la altura y todo el ímpetu del Iguazú la cascadita del Bosque de Boloña. Para él, París no valía una misa: apenas un amén. Ahora vale seis, siete poemas.

No nos conocíamos antes. Por eso, cuando me encontró en el despacho de Alfonso Reyes, al día siguiente de su llegada, me dio un abrazo y me dijo:

—¡Mucho gusto, Carlos Roel! Debo confesar, humildemente, que no soy Carlos Roel. Añadiré que Carlos Roel no es yo. Somos dos personas distintas y un solo poeta verdadero—porque yo no soy poeta.—Sin embargo, cuando llegue a conocer a Carlos Roel, a mi regreso a México, es probable que acabe por no saber quién es cada cual. De ello tendrá la culpa Carlos Pellicer, que sembró en mi espíritu la duda pirandeliana. Según él—y según el extático vate Frías—, Carlos Roel y yo nos parecemos mucho... al clon Enhart. Pero tiene eso tal airecillo de epigrama...

Aquel mismo día, Carlos Pellicer almorzó en la mesa de Gonzalo Zaldumbide, Ministro del Ecuador en Francia. Pero no fué el diplomático, sino el estilista delicado, el crítico agudísimo, el amigo incomparable, quien nos recibió con esplendidez sencilla, como otras veces, entre sus bibelotes finos y sus muebles firmados por grandes maestros del arte decorativo. La charla fué la que es de imaginarse entre comensales como el anfitrión, nuestro Alfonso Reyes, el caricaturista Toño Salazar, el «filósofo cubista» León Pacheco, el ensayista ecuatoriano Antonio Quevedo, los pintores Manuel Rodríguez Lozano y Julio Castellanos. . Desde la síntesis al chisme recorrimos todo el ámbito de la crítica literaria. Con diente suspicaz, Carlos Pellicer descubría los *flageolets* — frijoles muy finos de color de jade—, y los *crosnes* —legumbre japonesa en forma de gusano de maguey—, y, con oído receloso, *ismos* inesperados, genios antes anónimos. Su tenedor le anclaba sólidamente en lo real. La Torre Eiffel inmediata, nos duchaba de electricidad.

De la centelleante sobremesa—mientras el Raspail y el Cointreau, licores nuevos a su paladar, avivaban la desconfianza de sus sentidos, y la victrola de palisandro y bronce cincelado espolvoreaba, en nuestro debate sobre la filosofía contemporánea, el langor en sordina de los tangos de moda, Carlos Pellicer pasó al deslumbramiento de una exposición de obras de Bakst, que lo dejó daltoniano. Mientras los demás barajábamos opiniones sobre la pintura de la «escuela de París», incensando a los ídolos comunes, Carlos Pellicer se quemaba mudamente de acuarela en acuarela. Y de Bakst pasamos—en grupo—, a una exposición de cuadros de Modigliani: desnudos femeninos, inmóviles de espasmo, anegados los ojos en las luces turbias del éxtasis. La admiración se resolvió en nutrida discusión estética, mientras



Carlos Pellicer
visto por *El Abate Mendoza.*

Carlos Pellicer, mudo, sacudido por el vendaval de ideas, rebotaba de cuadro en cuadro. A las seis de la tarde, en fin, Carlos Pellicer regreso a la realidad: el asfalto de la Rue La Boetie. Y entre el estruendo urbano, recobrando la palabra, perdida durante cinco horas, clamó:

—¡Ahora llévame a un establo! ¡Yo quiero ir a un establo!...

El poeta restablecía así el equilibrio y derrotaba, con la flor de su ironía, al torbellino inteligente de París.

Ese grito admirable decidió nuestra amistad. Esto ha simplificado bastante nuestro trato. Ha condescendido a reconocerme «algo de genio». Además, he averiguado que aquellos versos:

El ronco ruido de la rauda rueda
hórrido ruge y rispido resuena,

que basado en la autoridad de Manuel Horta, yo atribuía a la *Salutación a Salvador Rueda*, no son de Carlos Pellicer. Esto me hace suponer que deben ser de Manuel Horta. A menos de que sean míos; no sé: ¡todo esto es tan complicado! Por añadidura averigüé que Carlos Pellicer no llamó a Rueda «raro espíritu fraterno»; ¡decididamente, Manuel Horta, acicular humorista envenenó mi candidez.

Una tarde, Carlos Pellicer me leyó su primer poema de París: *Las estrellas danzan.* Estábamos hundidos en la nieve hasta más arriba del tobillo. El jardín del Luxemburgo, desolado y lunar, nos daba metáforas como edelweiss. Yo trazaba con el bastón letreros patrióticos, en mayúsculas bien dibujadas: *Jalisco nunca pierde* o *viva Tacuba de Morelos.* Y comenzamos a discutir sobre poesía; hace tres años, pero pronto nos entenderemos. Así, línea a línea, nació su libro *Hora y 20.* Lo fuí conociendo bajo los crepúsculos color de malva y de violeta del Otoño, al sol del áspero Verano y entre las flores que esperan novio en Primavera. Y una media-noche, al influjo de unos agresivos cocteles acabados de inventar por Toño Quintanilla, hasta declamé las carnosas *Variaciones sobre un tema de viaje*, acodado a un piano, ni más ni menos que si estuviera luciendo el chaqué en cualquier velada de la muy doméstica Colonia Santa María.

Pudiera creerse que ese título: *Hora y 20*, es una alusión a los momentos de silencio que, en las conversaciones, marcan el paso de un ángel, y que, según cierta teoría de André Maurois, cara a Agustín Loera y Chávez, ocurren siempre cuando faltan veinte minutos para la hora, o a la hora y veinte. Pero es sólo el tiempo que Carlos Pellicer tarda en leer su libro, en pie; sentado—como enseña la teoría de Vasconcelos—, tarda más. Cada lector, pues, debe retitular su ejemplar, cronometrando exactamente el tiempo empleado en su lectura. El título tiene la elocuencia de las señas de los pasaportes, la exactitud con que se define a los cañones. En esa vía cuyo indiscutible Colón, en la literatura, ha sido Carlos Pellicer—se abren perspectivas ilimitadas; así, cierto cineasta de extrema vanguardia tituló una film de extremo romanticismo: *6 y 1/2, 11*; el ancho y el largo de una película Kodak.—No veo por qué, en lo futuro, no habría de titularse un libro: *420 gramos.* O bien: *227 páginas.* O aún: *Santa María-Roma*, aludiendo al espacio que puede recorrerse en tranvía durante su lectura...

Por supuesto, yo hubiera querido hacer un ensayo sobre *Hora y 20*, en lugar de este anecdotario sobre su autor. Pero no es fácil dar una vuelta de turista meticuloso en torno a la poesía—un poco hermética y cargada de intenciones—, de Carlos Pellicer; se tarda más que en dar la vuelta al mundo. Terreno fragoso: cada día ganamos un descubrimiento: Además, la personalidad del obrero se sobrepone, por más afín, a la atracción de la obra, y el demonio de lo pintoresco me empuja por la enjabonada pendiente de la anécdota. Tal vez esa luz lateral ayude a comprender al poeta, si no a su poesía.

Una tarde, durante el entreacto de un concierto en el Teatro de los Campos Elíseos, desde el balcón del *foyer* descubrimos en el vestíbulo a Isadora Duncan, cubierta con un chambergo de terciopelo grisperla y envuelta en un chal flotante como el que había de asesinarla, por una de las más crueles burlas del Destino. Y Carlos Pellicer se despeñó escaleras abajo para «ver de cerca» a la gran artista, enorme y pesada ya, en ruinas cual un templo griego.

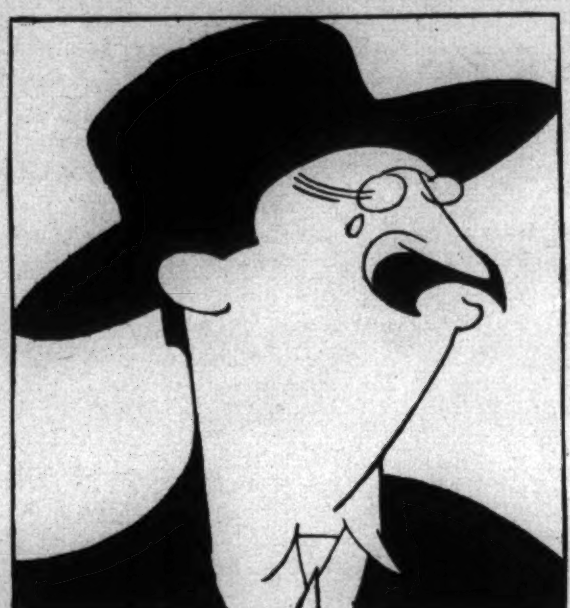
Esa anécdota subraya su curiosidad fundamental; para Carlos Pellicer, como para Teófilo Gautier, el mundo exterior existe. Necesita ver, oír, oler, gustar, tocar. Ha logrado sus más brillantes aciertos cuando ha transcrito en sus

(Pasa a la página 95.)

León Blum y la posteridad

= De *Caras y Caretas*. Buenos Aires. =

La caída del gabinete que presidía monsieur Briand permitió suponer por un momento que León Blum colaboraría en la formación del nuevo ministerio. Blum, que ejerce desde hace años la jefatura del socialismo ortodoxo de Francia, después de haber afirmado que se animaba a gobernar, encontró la manera de rehuir el peligroso compromiso. Lo ha hecho con esa elegancia sinuosa con que sabe escurrirse de la responsabilidad en las ocasiones difíciles. Si es cierto que el arte de los grandes capitanes consiste en retirarse a tiempo, hay que convenir en que León Blum es uno de los capitanes más insignes. Pero convengamos también en que ese capitán que se evade oportunamente del riesgo ha librado en su vida batallas estruendosas. ¿Os son familiares los rasgos de León Blum? Una mañana en que me metí en el cuarto de trabajo de Jean Jaurés, en su desnuda y triste casita de Auteil, atestada de libros deslomados y de sillones de raída vaqueta, vislumbré en un rincón penumbroso a un individuo de frente redonda, de lentes oblicuos que cabalgaban sobre una nariz ligeramente curva, bajo la cual se ensanchaba, grueso y rotundo, ese bigote que preconiza Maurice de Waleffe como signo distintivo de los franceses. Era León Blum, a quien veía después regularmente en las precarias oficinas de *L'Humanité*. Acompañaba al maestro, seguía al maestro, admiraba al maestro. Hablaba de Jaurés con fervor de discípulo, con la ternura de un hijo espiritual, y repetía, en los cafés de Montparnasse, en las reuniones de propaganda, las frases del artículo publicado en el periódico, las conclusiones de sus discursos de la cámara, sabía de memoria sus anatemas, citaba sin equivocarse, con una fidelidad de fonógrafo, sus períodos amplios, abovedados de imágenes rutilantes, en que el viejo apóstol prometía al mundo la existencia libre y feliz. Ese entusiasmo por Jean Jaurés nos había aproximado un poco, lo poco que puede aproximarse en París un escritor desconocido y sin fortuna a alguien cuyos libros están en los escaparates de las librerías y de quien se ocupan las crónicas, los autores, la gente que teje la anécdota y elabora el prestigio local y universal de sus contemporáneos. Se dice que León Blum posee bastante dinero para combatir al capital. Es millonario. No se lo reprochemos demasiado. La creencia pintoresca de que el socialismo debe revestirse con los hábitos de la pobreza, ese concepto franciscanista de los héroes de la transformación de la sociedad, pertenece, sin duda, a la época romántica, al ciclo de Benoit Malón, que fué algo así como un santo laico del siglo XIX. Para León Blum, la necesidad de impulsar los cambios sociales no proviene de un estado emocional, de un arrebato de la sensibilidad, como lo fué la macilenta rebeldía de la Severine, sino de la convicción severa, de la lógica doctrinaria, de los tres grados sucesivos de Hegel, en que reposa la maquinaria dialéctica de Carlos Marx. Por eso no encontramos en los escritos y en las conferencias de



Caricatura de *Blum*, por *Alvarez*.

Blum la riqueza lírica de los predicadores de aquella etapa opulenta en que el socialismo, además de presentársenos como una escuela económica, se nos ofrecía bajo el aspecto de un movimiento religioso. Blum, rígidamente marxiano, confía en la evolución lenta de las cosas, en la paulatina modificación de la historia. Mas el ideólogo enjuto, apretado, que aísla los fenómenos momentáneos con una precisión abrumadora y con una destreza brutal, es, en el fondo, un artista que huye de los combates políticos para sefugiarse, lejos de los camarillas, en la delectación del buen libro, del buen cuadro, de la conversación placentera, serena y alegre, con amigos escogidos. Es lo que descubrieron sus propios camaradas y sus adversarios la tarde en que apareció por primera vez en la tribuna del parlamento, en 1919, al discutir un problema inadecuado para que un conocedor de Goethe y un minucioso lector de Platón pudiera lucirse con facilidad. Venido con la renovación legislativa, permaneció ignorado en el recinto y en los corrillos, siempre al lado de Marcel Sembat, como si pidiera que advirtiesen su presencia, con su mirada viva y con su sonrisa picante que se escapaba a través de la masa del compacto mostacho. Hizo tímidamente una moción de aplazamiento del debate sobre tarifas ferroviarias. Y pasó inadvertido. Nadie reparó en su voz vacilante, en su ademán tembloroso de orador que se inicia y que cree que el universo se balancea en su palabra. Sin embargo, la multitud de legisladores tuvo que persuadirse de que allá, en el estrado, se hallaba un hombre con quien habría que contar en adelante, para aplaudirlo, para resistirlo, para atacarlo. Su acento inseguro minutos antes había cobrado sonoridad filosa y metálica, amplitud de resonancia y de vuelo, daba cifras, manejaba hechos, comparaba datos y asombraba a los técnicos con su conocimiento prolijo de la cuestión, con su sentido estricto de cada matiz del tópico. Y a pesar de la aridez del tema, de la sequedad analítica con que lo exponía para llegar a su tesis, mezclaba a su demostración elementos de gracia imprevista, de ironía discreta, de burla eficaz, de raudas inflexiones de pensador y de estadista. Sí; los rancios colegas del conde de Mun, el desaforado y genial Daudet, los jóvenes y agresivos correligionarios de Herriot, acababan de advertir que allá arriba, en el sitio de los peroradores, emergía el sucesor de Jaurés. En París se puede tener hostilidad a un político; no se siente hostilidad hacia el talento. Y al otro día, desde las columnas del *Quotidien* hasta las columnas de *L'Action Française*, los comentaristas sancionaban la elocuencia vigorosa y persuasiva de León Blum. Y París, todo París, sabía que el Blum del discurso de la víspera era el Blum del libro en que se evocaba a Eckermann, el que disertaba sobriamente sobre arte, sobre versos, sobre filosofía. Los cronistas se complacieron en referirnos su exigua biografía de erudito, de curioso de las ideas. Nacido en la Narbona de las viñas y del sol, frecuentó el liceo, los sólidos programas de la Escuela Normal y no le faltaba, naturalmente, para entretener sus ocios lujosos, el aprovisionamiento, bien europeo, de las letras clásicas. Durante la guerra, perteneció, como el áspero Jules Guesde y como el irreducible Jean Allemagne, de la guardia veterana del socialismo, a la Unión Sagrada, y en más de una oportunidad, el partidario de la paz, de la fraternidad mundial y de la equidad de clases, se reveló patriota, como se reveló, con tino sutil y con dicacidad vivaz, en el memorable congreso de Tours, enemigo concluyente de la Tercera Internacional. «Queréis—dijo a Cachin y a Vaillant-Couturier, representantes de la táctica soviética—someternos a la vigilancia sigilosa de organismos jerarquizados, cuya dirección permanece oculta y que aplica una disciplina secreta y la fórmula del *perinde ac cadaver*. Nosotros queremos la libertad para cada uno, y seguiremos siendo hombres libres». La controversia de Tours agrandó su personalidad, extendió su nombre, aumentó su ascendiente de jefe. ¿Sería extraño que actualmente participara en las tareas de gobierno como sus cofrades de Berlín y de Londres? Este León Blum es ingenioso y astuto. No en vano domina las ciencias históricas y conoce los experimentos de sus compañeros. ¿Qué podría llevar a cabo en el ministerio fatalmente efímero? O se quedaría en los pasillos, urdiendo combinaciones de minorías, como Briand y como Millerand, que olvidaron en las alturas mareantes el credo que propagaban con tanta vehemencia, o fracasaría tristemente, penosamente, como fracasan, con regularidad invariable, los que quieren conciliar la pureza de sus principios con la realidad de gobierno que no emana de su victoria definitiva, que de llegar a ser tal se despojaría del carácter de un acontecimiento político para transformarse en un vuelco histórico, en una reversión de la estructura jurídica y económica del país. León Blum, crítico

agudo, no lo ignora, y prefiere a la sensualidad del mando, a la gloria fugitiva de una cartera ministerial, su crédito apostólico, su fama de conductor de muchedumbres, su certeza de que, manteniendo una austera conducta de descontento del régimen, de implacable censor de las injusticias, conquistará la posteridad. Ha de haberle aleccionado la presunta experiencia de Lassalle. Si el magnífico reformador de 1848, a quien admiramos por su altivez gallarda, por su bravura de combatiente, por sus amores novelescos y por su muerte dramática, se hubiese avenido con Bismarck, de quien era amigo, no conservaríamos el recuerdo de su figura, y su destino, quebrado trágicamente, no nos impresionaría como el de un personaje byroniano. Heine no le habría escrito: «¡Cuánto te envidio, Ferdinand Lassalle!» León Blum quiere que la «ardua sentencia» de la posteridad le sea favorable. Este escritor de prosa limpia, de razonamiento envolvente, de estilo elusivo, es un maravilloso pícaro. No desea arriesgarse. Está en condiciones de esperar pacientemente la evolución, la mudanza tranquila de la política. Refinado en sus gustos, caprichoso y versátil en sus aficiones estéticas, no sueña, como los camaradas sufridos y agobiados que lo votan, con la dictadura del proletariado y no le agradaría un segundo ensayo de Lenín, para quedarse en su departamento de la ciudad amable, sin leña que quemar, sin viejo vino que beber, sin viejo amigo a quien murmurar al oído la confidencia grave, a la hora en que place dssprenderse de los teoremas agrios y borrar con el plañido de una estrofa, con la sedante sabiduría de una máxima la herrumbre pesada de los días. Y acaso, filósofo y poeta, sepa con los poetas y los filósofos que la humanidad es invariable y lo será aunque los ferrocarriles, los vapores, los jornales, se rijan con un sistema distinto. ¿Quién sustraerá al hombre a las penurias humanas? Y talvez por estas causas León Blum, discutidor ardiente, polemista más corrosivo que una gota silenciosa de ácido, haya decidido, con esa sinuosidad talmúdica que se percibe en su denso raciocinio, persistir en su postura de líder, de opositor metódico, para vivir perpetuamente en la animación cambiante de la aventura, del ideal no lograble, del fin inaccesible, con el objeto de no caer, como el doctor Pangloss, en la monotonía de cultivar su jardín, sin dolor y sin esperanza. Es posible que León Blum, al proceder así, se empeñe en eludir el instante en que se vea obligado a decirnos: «El optimismo es la rabia de afirmar que todo va bien cuando todo está en el colmo del mal».

Alberto Gerchunoff

Del momento

El socialismo francés

= De *La Libertad*. Madrid =

El debate sobre la participación de los socialistas franceses en un Gobierno radical no es una cuestión meramente francesa; es una cuestión universal. Lo que allí se discutía era la función total del socialismo como fuerza impulsora de evolución política. Se debatía, en suma, lo que podría llamarse la estática y la dinámica del socialismo, sus condiciones de espacio y tiempo. Perdonen mis lectores la expresión, un poco pedantesca, de esos conceptos, que intentaré explicar más claramente.

Hay en el socialismo dos clases muy diversas de afiliados: los unos conservan la tradición del partido de clase, voz de la causa del proletariado, hostil a toda alianza corruptora con elementos burgueses. Una frontera inquebrantable media entre los dos campamentos en lucha. La diversidad de las opiniones políticas no forma, según ese criterio, una escala de valores, una gradación. Hay una fuerte solución de continuidad entre liberales y socialistas. La verdadera izquierda no se extiende más allá de los partidos obreros. Allende el socialismo no hay más que derechas.

La consecuencia natural de esa opinión es el veto contra toda participación en una obra política común con el radicalismo liberal. Una vez negada la gradación de colores en el iris político o en el mapa de los partidos, es natural que se niegue la gradación para la total conquista del Poder. Nace de ahí un sentido místico de la causa, fuertemente religioso, por el cual se sacrifica una indudable mejora política a la supuesta pureza de la agrupación. El espíritu de «partido», entendiendo esta palabra en su valor directo de «fracción», se sobrepone al interés social.

En el fondo, esa disparidad de opiniones renueva la vieja cuestión entre el «todo o nada» y el «todo lo que se pueda», entre intransigencia y reformismo. La diferencia entre una y otra escuela es cuestión de temperamento, más que de criterio. Una y otra son muy respetables. Pero considerándolas por su valor respectivo como impulsión de progreso, o, si se quiere, por su intensidad y eficacia libertadora, yo creo que la superioridad está de parte de los evolucionistas.

Recordemos que en la distribución de las fuerzas obreristas existe un partido cerrado a toda participación y solidaridad con los otros defensores de la causa proletaria: es el comunismo. Para él, como para los intransigentes del socialismo, las derechas empiezan en los linderos de la social democracia. Antes que favorecer a los socialistas, el comunismo está dispuesto a apoyar las ultraderechas, a poner en la balanza la espada de Breno que dé el triunfo a las formas extremas del nacionalismo. De hecho, el comunismo, que rehuye la alianza con los partidos ideológicamente similares, es el aliado de la reacción.

Pues bien: la tremenda pregunta que debe formularse hoy el socialismo francés es también ésta: ¿No ha sido ahora mismo el provocador directo de una peligrosa reacción? Cegado por un recelo de amor propio, ¿no habrá faltado al interés superior de una causa humana? La visión de partido, ¿no le habrá obscurecido la amplia mirada sobre la distribución de fuerzas en la actual guerra por la libertad, más fuerte y enconada que la de las trincheras? El valor de «pureza», ortodoxa, ¿no habrá eclipsado el valor de «transcendencia»?

No olvidemos que Francia representa hoy la máxima expresión del liberalismo en aquella lucha. Ya lo fué en la forma material de la llamada gran guerra, y por ello fué dignificada por el odio de todas las concupiscencias tiránicas. Hoy, por la propia duplicidad de sus elementos nacionales, por su jefatura indiscutible de la latinidad, por su cualidad de baluarte extremo del occidentalismo, por su herencia histórica de la Revolución, tiene Francia un significado político superior a las contingencias, tan prematuras todavía, de su evolución social. Evolución que, no se olvide, sólo será posible por el afianzamiento y la culminación previa de las libertades políticas.

Por todo ello, Francia ejerce, a cada una de sus grandes crisis, un valor de capitalidad del Mundo. En el Parlamento implícito de toda la ciudadanía humana, Francia es el diputado supremo. Todos los espíritus emancipados esperan, anhelantes, la resolución de sus campañas. Y todas las fuerzas tenebrosas le tributan, como decíamos, el más alto de sus homenajes: el de su odio.

Por eso es más lamentable que algunos hombres indiscutiblemente liberales se dejen seducir por los falsos plañideros que anuncian el advenimiento de la tiranía en Francia, con fingidos lamentos que más parecen invocaciones; como en tiempos de la guerra simulaban llorar la derrota de Francia, que en el fondo ardientemente deseaban...

* * *

Es necesario que el socialismo francés se percate de la hora histórica que pesa sobre el Mundo. Reconozco que pudo haber ahora razones ocasionales para la abstención; pero el equilibrio de los votos en pro y en contra en el Congreso nacional del partido induce a pensar que la batalla se dió, ante todo, sobre una cuestión de principios. De todas maneras, nótase en la trayectoria de ese partido un propenso aumento de los votos favorables a aceptar la participación en el Gobierno. ¿Acaso el socialismo no ha admitido plenamente esa colaboración en los demás países, para la gradual conquista de sus reivindicaciones políticas y sociales? En algunas de esas naciones ni siquiera ha habido escrúpulo para colaborar con el régimen monárquico, radicalmente opuesto al ideal socialista. Ahí están los ejemplos de

Bélgica, Dinamarca, Suecia; la propia Inglaterra, cuyo Gobierno se mantiene por la ayuda condicionada de los liberales. ¿Y Alemania? Si la República ha podido afirmarse y resistir el embate de de la Germania imperial vencida, se debe al espíritu de colaboración de los socialistas.

El socialismo alemán y el inglés habrán comprendido que su causa no era meramente nacional, sino que ellos decidían, en esta hora de suprema crisis, la victoria en una guerra universal. Para Francia, esa consideración es más intensa y apremiante todavía. Tras la causa liberal de Francia se debate todo el Mundo. Y es doloroso que una consideración de táctica haya entregado el Poder a la personalidad más claramente significada como forma viva de reacción en la actual hora de Francia.

* * *

Las dos fracciones del socialismo francés continúan, en el fondo, la tradición del partido. Antaño fueron Julio Guesde y Juan Jaurés los verbos respectivos de uno y otro grupo. El acceso del socialismo al Gobierno en el Gabinete Waldeck-Rousseau, por obra de Jaurés, procuró a la causa obrera la gloria de haber participado en la lucha victoriosa contra las fuerzas negras que actuaron en la cuestión Dreyfus, declarada menospreciable y burguesa por la fracción de Guesde. Lo cual no impidió que el propio Guesde aceptase después un ministerio en nombre de la unión sagrada, durante la guerra.

¿Quién representaba verdaderamente la izquierda, Jaurés o Guesde? Para mí no puede caber duda. Si la República francesa pudo incorporarse definitivamente en su gran tradición revolucionaria se debió al espíritu de Jaurés. Y Jaurés fué la verdadera encarnación de esa nueva Francia. Cuando le asesinaron, sus matadores le hicieron el honor sangriento de creer que con él moriría también ella, la Francia de la libertad. ¿Habrán de contribuir sus discípulos a que se cumpla ese designio siniestro?

Gabiel Alomar

Conversaciones con el Libertador

= Sacadas del *Diario de Bucaramanga*, edición de Cornelio Hispano.—Ollendorff. París =

En la comida, el Libertador estuvo muy alegre; nos contó varias anécdotas de su vida, anteriores al año de 1810 y durante el tiempo de sus viajes por Europa. Habló de lo que hizo en Italia; dijo que había asistido a una gran revista pasada por Napoleón al ejército de Italia en la llanura de Montesquiaro, cerca de Castiglione; que el trono del emperador se había colocado sobre una pequeña eminencia, en medio de aquella gran llanura; que mientras desfilaba el ejército en columnas delante de Napoleón, que estaba sobre el trono, él y un amigo que le acompañaba (1), se habían colocado al pie de aquella eminencia, de donde podía con facilidad observar al emperador; que éste los miró varias veces con un pequeño anteojo de que se servía, y que entonces su compañero le dijo: «Quizás Napoleón, que nos observa, va a sospechar que somos espías»; que aquella observación le dio algún cuidado y lo determinó a retirarse. «Yo, dijo S. E., ponía toda mi atención en Napoleón, y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunidos; mi curiosidad no podía saciarse, y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o, si se quiere, de la curiosidad de casi todo un continente, y puede decirse también del mundo entero. ¡Qué Estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón, y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba sus charreteras, un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó, y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso, si no hubiese temido que dijesen que lo hacía por imitar a Napoleón, y a lo cual hubiesen agregado después que mi inteción era de imitarlo en todo.»

(1) Don Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, personaje singularísimo al cual he consagrado un capítulo en *Bolívar íntimo*. (Nota de *C. H.*)

Habló después S. E. de lo reducido que había sido siempre su E. M. que, sin embargo, tenía el título pomposo de E. M. General Libertador; que nunca había tenido a la vez más de cuatro edecanes; que entre ellos había siempre considerado al general Ibarra como a su Duroc, a quien Napoleón hizo gran mariscal de Palacio y duque de Frioul; que en el general Pedro Briceño Méndez tenía a su Clarke, ministro de la guerra de Napoleón y duque de Feltre; que en el general Salom tenía a su Berthier, mayor general del gran ejército de Napoleón y príncipe de Neufchatel y de Wagram; que él podría hacer otras comparaciones, pero no tan exactas como aquellas. «¡Pero qué diferencia, exclamó el Libertador, en el grado de escala social en que se han hallado los unos y los otros de aquellos hombres! ¡Qué diferencia entre el rango, la opulencia y la elevación entre ellos! Los unos llenos de riquezas, de títulos y honores; los otros pobres con el solo título militar y los honores modestos de una República; pero también los primeros, súbditos de un monarca poderoso; los segundos, ciudadanos de un Estado libre; aquéllos favoritos del emperador, éstos, amigos del Libertador. Los sibaritas del siglo preferirían seguramente el lugar de los primeros; pero los Licurgos y Catones modernos preferirían haber sido los segundos».

Después de la comida, el Libertador salió a pie; sólo Wilson y yo lo acompañamos. Me preguntó en qué año había nacido, y le contesté que en el de 1780. «Yo pensaba, dijo, ser de la misma edad de usted, y tengo tres años menos, porque nací en 1783 y parezco más viejo que usted. ¿Cuántas veces se ha casado usted?» —Una, señor, le contesté, y fué en el año de 1825, con la mujer que tengo. —«Usted, pues, dijo S. E., se casó a los 45 años; esta es la verdadera edad en que debe casarse el hombre. Yo no tenía 18 cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1801, no teniendo todavía 19 años. Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo» (1).—Ni Colombia, ni el Perú, le repliqué, ni toda la América del Sur estuvieran libres, si V. E. no hubiera tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su independencia.—«No digo eso, prosiguió S. E., porque yo no he sido el único autor de la revolución, y porque

(1) Pueblo de los Valles de Aragua donde tenía su hacienda el Libertador.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSÉ, COSTA RICA
AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS
Cajas Registradoras "National"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "Burroughs"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "Royal"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Montley, New York
JOHN M. KEITH, Socio Gerente — RAMÓN RAMÍREZ A., Socio Gerente

durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente, y porque el ambiente de mi fortuna no hubiese perjudicado la fortuna de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia. Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones, fueron las que me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo han hecho seguir y me han mantenido en él. Huérfano a la edad de 16 años, y rico, me fuí a Europa, después de haber visitado a México y la ciudad de La Habana, y fué entonces cuando en Madrid, bien enamorado, me casé con la sobrina del viejo marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza; volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación. Muerta mi mujer y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía, y yo seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fué la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que le libertase; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme de que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que representaría el primer papel en aquel grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creerse que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia, ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean, pues, ustedes, si ha influído o no sobre mi suerte.»

Poca gana tenía el Libertador de ir a dormir, y continuó conversando. Habló de la masonería, diciendo que también él había tenido la curiosidad de hacerse iniciar para ver de cerca lo que eran aquellos misterios, y que en París se había recibido de Maestro, pero que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella antigua asociación; que en las Logias había encontrado algunos hombres de mérito, bastantes fanáticos, muchos embusteros y muchos más tontos burlados; que todos los masones se asemejan a unos niños grandes jugando con señas, morisquetas, palabras hebraicas, cintas y cordones; que, sin embargo, la política y los intrigantes pueden sacar partido de aquella sociedad secreta; pero que en el estado de civilización de Colombia, de fanatismo y de preocupaciones religiosas, no era político valerse de la masonería, porque para hacerse él de algunos partidarios en las Logias se hubiera atraído el odio y la censura de toda la Nación, movida entonces contra él por el clero y los frailes que habrían aprovechado aquel pretexto; que, por lo mismo, poco podía hacerle ganar la masonería, y mucho perder en la opinión.

Habiéndome quedado solo con el Libertador, continuó hablando del contenido de sus cartas, diciendo que las recomendaciones que hacía eran casi inútiles con ciertos jefes; que era lo mismo que predicar en el desierto; que en punto a buena moral era muy difícil darla al que no la tiene y exigir de éstos que vigilen la de los otros. Atribuye S. E. la depravación moral que hay en el país a la mala educación, a la falta de luces y a la pasión del juego, que dice haber en Colombia. La mala educación, que apaga todo sentimiento de honor, de delicadeza y de dignidad facilita el contagio de las malas costumbres y de los vicios, y aleja del camino de la virtud y del honor; el juego aumenta las necesidades, corrompe al hombre de bien, es causa de muchos robos, de seducciones, traiciones y asesinatos; porque el jugador, para tener dinero, para satisfacer su pasión es capaz de todo. Siguió diciendo que se debían hacer grandes esfuerzos para desterrar esa pasión funesta que llegaba hasta pervertir la disciplina, haciendo que el oficial se reuniese hasta con los soldados para jugar. Que el general Valdés era uno de los que más se habían señalado por esa pasión, y por eso era el que había cometido tantas irregularidades; que Urdaneta, Páez, Santander, Montilla y tantos otros, son igualmente jugadores, pero no se comprometen a igual grado, y que aunque decía aquello con pena de dicho general, también lo consideraba como uno de los más valientes del ejército, porque todo no ha de ser malo en el hombre.

Lara y Salón, continuó S. E., son dos generales meritísimos de toda mi confianza, e igualmente capaces de cualquier desempeño tanto en la parte activa, como en la administrativa militar, pero con dos genios igualmente distintos: el primero no sabe moderar la viveza y la aspereza del suyo; el segundo, al contrario, es un verdadero jesuita, se dobla a todo con facilidad y sabe ocultar sus miras, sus resentimientos y sus medidas con mucha hipocresía. Ambos, si es necesario, darán a usted una puñalada: el general Lara con el brazo al descubierto y sin ocultar ninguno de sus movimientos; el general Salón ocultará todos los suyos, sabrá esconder el brazo que da el golpe, y usted caerá bajo su cuchilla sin saber quién la ha dirigido. El uno, pues, se declara abiertamente enemigo de usted; si lo es, se da a conocer por tal, y el otro, aunque tenga iguales sentimientos, continuará manifestándose su amigo y preparando su venganza en la obscuridad. El genio del primero me gusta más que el del general Salón, pero éste es más propio para mandar; hará, quizá más daños, y, sin embargo, será menos odiado que el otro. Los pueblos quieren más a los que más males les hacen, todo consiste en el modo de hacerlo. El jesuitismo, la hipocresía, la mala fe, el arte del engaño y de la mentira, que se llaman vicios en la sociedad, son cualidades en política, y el mejor diplomático, el mejor hombre de Estado es aquel que mejor sabe ocultarlos y hacer uso de ellos, y la civilización, lejos de extirpar estos males, no hace sino refinarlos más y más. La filosofía nos hace ver todas aquellas verdades, nos hace gemir sobre tal depravación, pero también nos consuela».

Me acuerdo, dijo S. E., que todavía en el año de 17, cuando estábamos en el sitio de la Angostura, dí uno de mis caballos a mi primer edecán Ibarra para que fuera a llevar algunas órdenes a la línea y recorrerla toda. El caballo era grande y muy corredor, y antes de ensillarlo, Ibarra se puso a apostar con varios jefes del Ejército a que brincaría sobre el caballo, partiendo del lado de la cola e iría a caer del otro lado de la cabeza. Lo hizo, efectivamente, y precisamente llegué yo en aquel mismo momento. Dije entonces que Ibarra no había hecho gran gracia, y para probarlo a los que estaban presentes, tomé el espacio necesario, dí el brinco, pero caí sobre el cuello del caballo, recibiendo un fuerte golpe del cual no hablé. Picado mi amor propio, di un segundo brinco y caí sobre las orejas, recibiendo otro golpe más fuerte que el primero; pero esto no me desalentó, por el contrario, cobré más ardor, y la tercera vez salté el caballo. Confieso que hice una locura, pero entonces no quería que nadie pudiora vanagloriarse de ganarme en agilidad y que hubiera uno que pudiera decir que hacía lo que yo no podía hacer. No crean ustedes que esto es inútil para el hombre que manda a los demás; éste, en todo, si es posible, debe mostrarse superior a los que deben obedecerle. Es el medio de conquistarse un prestigio duradero e indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad, y, particularmente, si se halla a la cabeza de un ejército».

Poemas de Carlos Pellicer

=Del libro *Camino*. París. MCMXXIX=

Estrofa neoyorquina

Nueva York, ciudad de ciudades,
puerto del planeta, libro abierto
para todas las voces, no te asemejas
a París como Buenos Aires. Tuyos tu gesto,
tu gigantesca sonrisa, tus panaderías de plata
y tu contrato firmado para reorganizar el infierno.
Los árboles milenarios se te volvieron puentes;
el tomito de Historia de los Hombres
se me perdió en tus calles ferroviarias y alegres.
Ciudad rica de tiempo, maestra aparatosa,
tu otoño es un deshojamiento
de ventanas en los rascacielos.
Mis zapatos de caminar por el mundo
llevan tu nombre. Y han de volver
a tus calles áureas con el paso desnudo
de las sandalias de Odyseo.
Nueva York, terraza de aviación espiritual.
Tus edificios suben como los árboles del Trópico.
Tu inteligencia es ya solemne y maternal.
Creciste y te elevas
igual a esas palmeras que crecen junto al mar
y arriesgan tanto sobre las olas
que se olvidan del agua casi para volar.
De ti saldrá la belleza como una
niña del baño.
Y yo volaré de Ceylán y de Jerusalem,
de Río de Janeiro y del Monte Athos,
con las manos llenas de gritos
y las grandes estrofas en la mirada,
rumbo a ti.

Estudio

Para *J. M. González de Mendoza*

1. Los pueblos azules de Syria
donde no hay más que miradas y sonrisas.

2. Donde me miraron
y miré.
Donde me acariciaron
y acaricié.

3. Las casas juegan a la buena suerte
y a la niña de quince años
inocente como la muerte.

4. Hay una sed de naranja
junto a la tarde todavía muy alta.

5. El agua de los cántaros
sabe a pájaros.

6. Unos ojos me sonríen
sobre un cuerpo prohibido.

7. Hay azules que se caen de morados.

8. El paisaje es a veces de bolsillo
con todo y horas.

9. El amarillo junto al azul no cuesta caro:
un charco de cielo y un ganso.

10. Estoy en Syria.
Lo sé por los ojos
que veo puestos a la brisa.

11. Y es un martes viajero y alegría
de dulce tiempo y de fastuosa fecha,
tan flexible y tan apto que podría
borrar mi sombra sin tirar la flecha

Jafa, 1927.

Fragmentos

a.

Las Palabras!
Los tropeles pueriles
sobre el espejo de la imagen!

Las palabras vagabundas
en la malasuerte de mi sonrisa.
Y el sueño resucitado en plena tarde
junto a las maquinarias y las ruinas.
Y hablarte con la voz con que hablo al viento
y a la sombra.
Y la voz que me dice: «Perdone, pero está usted en la calle».
Y encontrarme casi desnudo.
Ah, las Palabras,
que llamaban a todas las cosas por su apodo escolar!
Labios de las canciones que no volví a besar!

b.

Tienes una sonrisa que en las noches de luna
se posaba en mis hombros igual que una paloma.
Y yo sentía el peso de mi suerte
en la balanza de joyería de aquellas horas.

Tendida a oros, mi vida estaba jugada en reinas sobre tus manos.
Yo descubrí la apuesta del destino
y perdí las Américas de tu amor inhumano
y así volví a las fieles angustias del camino.

Porque en esa sonrisa la aurora era un azar:
un viaje por la noche prolongado en el mar.

c.

Todo tenía el roce de tus alas:
la nube retocada, mis ideas, la brisa
que rondó las horas de una fecha vaga.
Todo vibró en tus huellas arenas de sonrisa.

Cual si vinieses de cortar una manzana
tus manos eran ágiles y aromas.
Tu voz tenía el tacto de las luces del ámbar,
de perfil sobre un cielo de esperanza.

En la mesa de vidrio los poemas
brillan huellas de brisa cruzada de palomas.

d.

La dicha de no hablarse cuando se ama tanto
alza el brillo del tiempo, se ve pasar el aire.
De las miradas caen tesoros a las manos
y la luz es un fruto que devora el paisaje.

La ventana que mira tiembla ligeramente.
Bajo el pie se hunde el mundo pálido e inocente.

Crece la yerba. Vienen de bañarse las nubes,
súbitas y morenas. Las casas guardaluces
oscurecen la calle. Tan cerca estás de mí
que la estrella del ángelus nace entre nuestras manos.
Amor de ti. Amor de ti!

e.

Fuiste en mi vida el vuelo de más largo horizonte.
Se queman en mi vida tus ojos solitarios.
Nuestras dos soledades—música de la noche—
ligan a las estrellas los inefables actos.

He de mirarte un día junto a mí, sin que sepas
por qué estás junto a mí ni yo por qué sea lágrima
en tus ojos que guían al signo que se acerca.

Y cuando tú me beses
y sientas que a tus ojos sube mi corazón,
tu nombre será Fe y tu lágrima mía
el rescate del tiempo y el lujo del amor.

París, 1926.

La Hora de David

A *Arturo Pani.*

Los relojes cesaron
y los hombres quedaron desiertos
de movimiento y de voz.
Pero escucharon y vieron.
Los ciclistas y las palomas
se inmovilizaron sobre el equilibrio perfecto,
y las campanas de los tranvías
y las de las catedrales y las de las fábricas
se derritieron.
En los confesonarios y en las pilas bautismales
se eclipsó el recuerdo
y el agua durmió y tuvo sueños.
Permanecieron en el aire
los signos urgentes del radiotelégrafo.
Y entre la muchedumbre solitaria
pasó David, angustioso y bello.
—Quiero la vida, la Vida! exclamaba.
—Más aún? le dijo Perseo.
Si para salvarte he degollado a esta señorita.
Toma la cabeza.—No! Quiero la vida!
—Pero..., es incomprensible,
dijo Judith. Si he vivido sólo
para cortar esta cabeza
por tu dicha. Tómala!—Te odio!
dijo David. Quiero la Vida.
Su voz era grave y hermosa,
semejante a la de un coro.
Y un hombre que más bien parecía un cortejo,
se acercó y le dijo:—He matado al monstruo
por ti, mejor que por la princesa. Estás libre.
Y San Jorge tenía aún en los ojos
un resplandor de sangre.—Quiero la Vida!
gritó David. Qué me importan los monstruos?
—Venus ha nacido y la primavera danza frente a ella.
Ven, hay rosas sobre las ondas
y manzanas eternas,
aseguraba un hombre pálido
con las manos llenas.
Y el joven gigante
temblaba suavemente en sus piernas
diciendo:—Quiero la Vida.
Un mancebo, próximo a morir, le dijo:
—El Cristo está a dos pasos, aprovecha!
Yo lo he pintado y vive
con una vida semejante a la nuestra.
Dentro de un instante pagará el tributo a César
y tu sólo entrarás al muro.
David gritó:—Quiero la Vida!
Caminando a tres palmos del suelo
pasó el Maestro que no conoció la ira
y le dijo:—Yo vivo para ti, amo tu belleza,
gobierno las dificultades, acércate y mira.
Y con la mano, blanca
cual si pulsara una lira,
hojeaba ágilmente el cuaderno
de la sabiduría.
—Desea, pide, ordena, le dijo.
Y David, con la voz ya oscura:—No, nada,
quiero solamente la Vida...
Un ser hecho de brisas y poemas
que rezaba al pintar, así le convencía:
—Tengo ángeles en mi celda, vuelan
como las aves del paraíso... Brillan
como el aceite en el agua...
Los labios de David, mudos de mármol,
áridos de sonrisas,
suspendían los signos en el aire
para decir, temblándolos:—Vida! La Vida!
Pasó cerca del templo habitación
donde viven en el infierno de la ausencia política
el duque de Urbino y su hermano
el hermoso Julián de Médicis.
Y entró por una calle escueta y gloriosa
en la que unos hombres dialogaban
sobre cosas terribles, fuera de las horas.
Todos eran de bronce, pero sus voces eran horizontales
como el ruido del viento entre los árboles.
David se acercó a Mateo el publicano
y Mateo le dijo:—Tus gritos son ya intolerables.
Quieres la vida ahora, antes la despreciaste.
Amaste un solo instante y aún sin entregarte.
La Vida de altas puertas se abrió para tu paso:
viste pasar por ellas las auroras terrestres y las noches navales.
Lo de Goliath no basta... El río en sangre cruza
del tiempo que se arquea del alba hacia el ocaso.

Hasta sus pies rodaron las lágrimas. La honda
temblaba entre sus manos como el agua redonda
que la sed amilana.
Lejos, el corazón agitó su campana
en el valle profundo. Ya esbelta, la mañana
enjugó los sudores del sembrador. La inquina
ensayó sus imágenes en la fuente vecina.
(Viajero de cien viajes, si no has visto a Florencia,
tus puertos, tus ciudades, no valen la cadencia
del perfil florentino. Acaso aquí la Vida
tiene sólo actitudes del alma preferida.
Esta es la tierra firme).
David volvió a la bella
terraza desde donde se corona de estrellas,
palpa el iris y escucha todo ritmo. Su boca
tiene un gesto de duda. Bajará hacia la roca
del valle? Seguirá sobre la alta cornisa
desde cuyo silencio todo es libre sonrisa,
soledad y belleza?
La Hora de David.

Florencia, 1927.

Estampas

Otra vez con Mr. Ford

La admiración que el señor Sancho profesa a Henry Ford, forjador de «una de las siete maravillas contemporáneas», la fábrica de automóviles de Detroit, lo habría convertido en 1915 en pasajero de *La Nave de la Paz*. Habría secundado al magnate en su empresa de llevar el ramo de oliva a las naciones que en Europa se destruían en una guerra espantosa. Esa *Nave de la Paz* cruzó el Atlántico como una embajada que Europa ansiaba rogando a los dioses por su pronto arribo. Ford despierta, está preocupado y no ha «podido descubrir una razón lógica y honrada que hubiera podido provocar la guerra mundial».

Adquiere toda suerte de información y llega a la conclusión de que «algunas de las naciones beligerantes anhelaban la paz, y con entusiasmo habrían recibido toda manifestación pacifista.» En cuanto la Europa convulsionada se entere de que Henry Ford ha llegado a pacificarla no se disparará un tiro más. Él es un formidable organizador, un capitán de la industria y las naciones en guerra lo oirán y acatarán. Llega a Estocolmo en *La Nave de la Paz*. Algunas noticias desalentadoras le llegan porque enferma. La expedición blanca mientras tanto pasa de Escandinavia a Holanda, atravesando Hamburgo y la burla inmensa que levanta a su paso se vuelve escándalo incontenible. El esfuerzo pacificador de *La Nave de la Paz* despertó solo la risa de Europa.

Ford enfermo siempre, abandona la expedición y regresa solo, siguiéndolo casi enseguida el resto del séquito. Costó al magnate cien mil dólares esta empresa pacifista. Tal episodio es revelador en la vida del fabricante de automóviles. El hijo del granjero de Dearborn vive en un mundo ensordecido por las estridencias de millones de caballos de fuerza. El motor es su alma. Ya lo tiene dicho: «Mi generación produjo el automóvil.» Limitado por ese mundo no tiene capacidad para discernir si hay otros mundos de tanta o mayor trascendencia que el suyo. Apenas la guerra conmociona a Europa, él, desde su motor, divisa una confusión a la cual precisa aplicar sus métodos, los grandes métodos que presentan su obra, aun a la comprensión de los espíritus cultivados, como una maravilla de la época. Aquellos pueblos no deben recibir dinero: «Cada dólar que prestamos a Europa sólo sirve para proseguir la pobreza y la miseria.» Allí sólo hay desorden y podredumbre. Con estas ideas en la cabeza, aplicó su motor y Europa se rió de la estridencia.

Es unilateral Ford. La visión del mundo le llega sólo por la claraboya, modernizada con parabrisas, de su fábrica de Detroit. Lo que no se ajuste a sus métodos de producción en masa está fatalmente condenado a la ruina. Europa no quiso oírlo, no quiso suspender unos instantes el cañoneo para escuchar la voz profética llegada no ha mucho de Detroit, y esa voz profética la considera indigna de ayuda. El Estado es una calamidad a la cual debía él aplicar sus métodos. El lema: «menos espíritu gubernamental en los negocios, y más espíritu comercial en el gobierno» es muy útil, porque no es en provecho sólo de los negocios y del gobierno: sino que beneficia al mismo tiempo también al pueblo». La legislación es igualmente otra calamidad y no hay que es-

perar de ella sino desastres: «Nos vemos limitados en nuestro servicio por leyes concebidas en parte por teóricos mal informados que no pueden comprender la verdadera función de los beneficios.» La escuela está mal orientada, porque no enseña a producir a los niños para que no sean parásitos. Los hospitales no sirven, porque son organizaciones que no se sostienen por sí mismas. Todo debe producir y mientras no salgan, aun del alma infantil y del cuerpo enfermo y recluído, los dólares que alimenten y vistan, los organismos que los albergan son desorganizaciones inconvenientes.

Así ve Henry Ford el mundo. ¿Es posible que sea entonces su fábrica una maravilla a la cual llegarán sumisos los hombres en actitud de encontrarse frente a uno de los prodigios que deben difundir enseñanza por el universo? Pero como lo que ha hecho del señor Sancho un apologista de la fordización es el manual industrial para uso de las escuelas y «el punto de vista del obrero» francés Dubrieuil, examinemos esos prodigios de persuación con el criterio un tanto escéptico para el proselitismo que el propio señor Sancho nos censura.

La pedagogía de Henry Ford no es pilar de ninguna maravilla. El señor Sancho la conoce a través de una simple referencia, la del obrero Dubrieuil. Los párrafos transcritos son suficientes para penetrar en «el punto de vista del obrero». Pero en realidad Dubrieuil no tiene otro punto de vista que el propio de Henry Ford. Si él salió a contar al mundo en páginas elogiosas las grandezas de «una de las siete maravillas contemporáneas» con ellas no atrapará mucho prosélito. Podríamos asegurar que el obrero Dubrieuil si pasó por las fábricas de la Ford Motor Company, de ellas no sacó reflexión propia alguna. El Sr. Sancho no lo habría citado ni se habría convertido de un día para otro a la fordización, si a su vez hubiera buscado inspiración en los propios escritos de Ford o de su colaborador Samuel Crowther.

Comparemos un instante referencias. Dice Dubrieuil: «Los alumnos se reclutan de preferencia entre las familias pobres.»

Y Ford: «Iniciamos esta escuela en 1916 y admitimos a huérfanos hijos de viudas.»

Dubrieuil: «Reciben desde su entrada una remuneración especial progresivamente aumentada según un sistema ingenioso que mira a sostener su asiduidad y perseverancia.»

Y Ford: «Al principio se les da a los muchachos una beca de 7,20 dólares semanales, que llega a elevarse hasta 18, y además cada muchacho recibe dos dólares mensuales como ahorro, para que lo imponga en el banco, y una comida diaria a medio día.»

Dubrieuil: «El tiempo lo dividen entre cursos teóricos y prácticos que cubren casi todas las varias necesidades de la industria mecánica.»

Y Ford: «La instrucción se divide en dos partes: una semana en la clase y dos en el taller. La clase se enlaza tan estrechamente con el trabajo práctico, que los estudiantes pueden dominar una cuestión en mucho menos que lo que es corriente en la mayor parte de las instituciones de enseñanza.»

Dubrieuil: «La escuela está organizada también de tal suerte que de los abonos que recibe de la fábrica por trabajos hechos se asegura sus propias rentas.»

Ford: «Los muchachos producen algunas piezas Ford, una amplia variedad de herramientas Ford. Todo el trabajo realizado en los talleres lo compra la Ford Motor Company si lo aprueba la inspección. Esto hace que la escuela se sostenga prácticamente por sí misma». «Al principio trabajó con déficit; sin embargo, en correspondencia con una de mis ideas básicas, la de que toda empresa, buena en sí, es capaz de mantenerse por sí misma, la institución ha llegado a perfeccionar sus métodos en tal grado, que hoy atiende de sus gastos.»

Después de la lectura de los párrafos anteriores se vuelve uno a preguntar, ¿en dónde está «el punto de vista del obrero»? Si Dubrieuil fué efectivamente a dar fe de los beneficios que el mundo obrero de Detroit está recibiendo de las fábricas de Henry Ford, se contentó con oír referir a los cicerones de esa maravilla contemporánea los prodigios efectuados. Han debido al final del recorrido ponerle bajo el brazo los dos volúmenes Ford-Crowther recomendándole pulir en sus páginas las impresiones fugaces recogidas. No hay en los párrafos de ese obrero nada que no esté ya contado desde 1921 por el dúo Ford-Crowther.

Y aquí de nuevo la sorpresa. ¿Por qué la apología de Ford que nos hace el señor Sancho no tiene otras bases mejores que la referencia de segunda mano? Parece haber despertado a la admiración por esos magnates frente a la pantalla que los enfocó genios y ángeles. Nunca antes esas existencias doradas lo habían tentado. De pronto un P. W. Wilson proyecta el film del nonagenario Rockefeller y él se matricula en el coro rockefeliano. Un obrero Dubrieuil exhuma las páginas de propaganda de la fordización y él descubre que las fábricas del magnate son «una de las siete maravillas contemporáneas».

Mas lo cierto es que a nosotros no nos llena de asombro «el punto de vista del obrero» Dubrieuil. Ford pedágogo es el mismo Ford mecánico de motores de automóvil. ¿Por qué funda en 1916 la ***Escuela Industrial Henry Ford?*** Sencillamente «por la necesidad de que la fábrica se pudiera proveer de hábiles mecánicos constructores de herramientas». Esto lo declara Ford sin reticencias de ninguna naturaleza. Es cierto que se proclama asimismo un preocupado de la juventud masculina, pero tal preocupación es la píldora confitada. En su escuela «no se seleccionan muchachos porque sean listos y prometedores. Se seleccionan porque necesitan dinero y posibilidades.»

La escuela Ford es un factor de producción de «hábiles mecánicos». Todas las necesidades que esas fábricas han ido experimentando en su ruta hacia la conquista del título de maravilla contemporánea, las han realizado. Necesita «vidrio laminado en una cinta continua y sin ninguna intervención manual», y compra la ***Allegheny Glass Company.*** Necesita sílice para la frabricación de ese vidrio y compra una enorme cantera. Necesita mineral de hierro para sus fundiciones y compra la ***Mina Imperial de Michigam.*** Para cada necesidad surgida en la fabricación de su automóvil tiene inmediatamente el organismo que la remedia. Pero todo tiende exclusivamente a su «función particular, que, repitámoslo, es la construcción de motores y el colocarlos sobre ruedas». El hombre le interesa como productor y comprador de motores.

¿En dónde está entonces el punto de vista del obrero que enfoca la pedagogía de Ford? No lo adivinamos, no obstante la afirmación del señor Sancho. Sí vemos en Ford un espíritu estrecho con un concepto menguado del niño y del adulto. Su obcecación por sacar hasta de los desperdicios rendimientos que se traduzcan en millones de dólares, la lleva a la vida de los niños: «Si dirigimos una mirada a nuestro país, veremos millones de niños en las escuelas; su ocio y su educación son posibles porque los hombres trabajan.» «Durante el período escolar el muchacho es improductivo». «Las escuelas no procuran por el mantenimiento del alumno». A eso se reduce la pedagogía de Ford. El hombre desde niño debe encauzarse hacia la producción material. Sorprende que el señor Sancho haya encontrado en los párrafos de Dubrieuil la expresión de lo que el obrero quiere para educación de su clase. Esa ***Escuela Industrial Henry Ford*** no es un centro de investigaciones pedagógicas que pueda constituir la aspiración de la clase trabajadora. Pomposamente asegura Ford: «Toda la fábrica Ford de Highland Park es su libro de texto». Es decir, fuera de aquel mundo de motores sobre ruedas no hay para el muchacho nada a que enfrentarse. Si sale con habilidades para construir herramientas, o para echarse por el mundo «a difundir nuestros métodos (esto lo dice Ford) de producción» adquiere asiento en aquel seminario del magnate de Detroit. El obrero Dubrieuil podrá decir que la pedagogía de Ford constituye su aspiración, pero nadie que juzgue ese taller sin el criterio utilitario del francés podrá asegurar que allí está resumido el punto de vista universal de la clase obrera. Pobre educación la del trabajador el día que se la fordizara. Pobre educación la de los niños el día que un espíritu fordizado lleve a la Educación la idea de la ociosidad y de la improductividad de la población escolar para acabar con las actividades naturales de la vida. La tarea redentora de construir motores y acomodarlos sobre rue-

Hora y veinte con Carlos Pellicer

(Viene de la página 88.)

poemas las agudas relaciones que su ojo aguileño percibe entre las cosas. Todo él es impresión, sensación. Entra inmediatamente en la *no man's land* que aisla a lo bello—obra de arte, paisaje—, y cuyo acceso reserva Dios a algunos privilegiados. Así son sus devotas visitas a los museos, a las ciudades ricas en arquitectura, en color o leyenda—a veces lo mismo.—Ve lo que nadie ve, oculto tras lo evidente, como la pulpa de la fruta bajo la cáscara: don de poeta.

Ese predominio de la sensación—que para mí explica toda la obra de Carlos Pellicer—, se descubre también en sus actos: en la despreocupación, por ejemplo, con que sus risas de claro metal, su voz de violonchelo, rompen, con alarma de mi pusilanimidad, los discretos silencios parisienses; hasta en su necesidad biológica de llevar algo en las manos: paquete, libro, o, como Barrés, un abominable paraguas. Se encuentra todavía en el período prensil de la evolución humana: los bolsillos le maravillan con el descubrimiento de inesperadas posibilidades para guardar «cosas»—esas «cosas» que son fundamentales en su poesía. Es ese predominio sensorial el que hace de sus versos, ante todo, una música densamente perfumada de nardos, de jazmines, de gardenias, brillante de colores puros; no en vano me escribía desde Venecia con la alegría de una iluminación súbita: —¡Esta, Abate, ésta es la capital de mis poemas! Esa carnosidad verbal, esa riqueza armónica, son el encanto principal de sus libros—que tienen, además, otras virtudes, y los defectos de sus cualidades.—Pero, a la vez, los sitúan peligrosamente en el tiempo: la poesía moderna luce con la luz y sin calor de la inteligencia, y el corazón se ha vuelto—¡al fin!—, una sucursal del cerebro, regida por sistemas *standard*...

Estas—y otras—reservas aparte, guarda ese libro de Carlos Pellicer, el grano en que se resuelven las flores precedentes, y es nuncio del nuevo y ya próximo libro—sin título todavía, por bautizado diez veces—, en que el poeta deja el énfasis y los juegos adolescentes, viriliza su acento y dice, por primera vez, su emoción grave de hombre. Libro que—según la frase «consagrada»—le «consagrará».

Si estuvieran aún de moda las metáforas bíblicas, cabría decir que el personaje vestido de blanco lino, con un estuche de escribano atado a la cintura, que vió el profeta—Ezequiel, IX, 2-6, para los amantes de precisiones eruditas—, ha trazado ya sobre la frente de Carlos Pellicer el *tau* que marca a los elegidos: los que escapan a la muerte.

El Abate Mendoza

París, 1929.

das acaparará todas las vidas humanas que requiera la exigencia de la producción en masa, pero de ese torbellino de la fordización tiene que librarse la vida de los niños.

No imaginemos, leyendo al obrero Dubrieuil que el hospital que se levanta en West Grand Boulevard, Detroit, nació de una mente atormentada por la salud corporal de la inmensa población obrera de sus fábricas. Ni siquiera nació como complemento humanitario de las industrias de Ford. Veamos lo que él mismo dice: «El hospital, en su forma primitiva, no había sido construído por mi expresa iniciativa.» El sentimiento generoso de la ciudad quiso levantarlo con la cooperación pública y enroló hasta al mismo Ford en la masa de donantes. Dió la contribución refunfuñando y cuando a medio terminar la obra acudieron de nuevo a su auxilio económico, lo negó rotundamente. Pretextó desconfianza en la capacidad de administración de los promotores de la empresa benéfica. Reintegró entonces los gastos hechos y el hospital con las ocho hectáreas de tierra pasó a ser propiedad de Ford. Perdió desde luego su primitivo carácter filantrópico para constituirse en una de las tantas facetas de la maravilla contemporánea. Hospitales existen muchos, para el que paga y para el que no puede pagar. «En cambio, no existe ninguno para los que están en condiciones de pagar una módica suma, siempre que no se les diera la sensación de que perciben una limosna.» Y sobre todo hay que tener presente, para no dejarse sorprender por «el punto de vista del obrero» Dubrieuil, que «el hospital nada tiene que ver con las industrias Ford», según lo declara el propio magnate. De modo que es una industria aparte, sin conexión con ese hormiguero humano congregado en torno a la producción de automóviles.

Mas, ¿cuál es en verdad el punto de vista de Dubrieuil? ¿ese punto de vista obrero que ha convencido al señor Sancho de que Ford realiza con su hospital «anexo a la fábrica» una obra social capaz de contagiar a todas las poblaciones obreras del mundo? Dubrieuil no da ningún punto de vista. Es un pobre repetidor de las ideas de auto-propaganda de Ford. En lo que del obrero se ha transcrito casi no hay frase que no esté contenida en las páginas de Ford-Crowther. Y aquí va la prueba:

Dubrieuil: «Así, por ejemplo, el hospital Ford está constituído sobre las mismas bases que una empresa industrial ordinaria, es decir, que no es una institución de caridad, bien que en ocasiones individuos desamparados de recursos sean admitidos en ella.»

Ford: «Nuestro hospital se ideó con el propósito de que se sostenga a sí propio, o sea que rinda el máximo de asistencia con un mínimo de gastos, sin el menor asomo de obra de caridad.» «Los honorarios se pagan por adelantado, pero nunca se ha rechazado a nadie que necesitara la intervención médica o quirúrgica; siempre se encuentra algún medio para que el enfermo pueda hallar los recursos financieros.»

Dubrieuil: «Como toda otra empresa el hospital tiene sus entradas y gastos, y si bien no se busca el lucro, se trata por medio de rigurosa economía de cubrir las salidas con las entradas correspondientes».

Ford: «Lo mismo que la fábrica, el hospital tiene su sistema de gastos, y los ingresos deberán establecerse del modo que cubra justamente aquéllos.»

Como se ve del cotejo de párrafos, lo que Ford dijo hace ocho años constituye hoy, según el señor Sancho, «el punto de vista del obrero» Dubrieuil. Esas ideas a nadie conmovieron a su aparición ni a nadie parecen haber conmovido posteriormente. Son las ideas de un egoísmo exaltado, de un monómano. Las fletó en sus barcos *Mi Vida y mi Obra* y *Hoy y Mañana* y, como la tripulación de ***La Nave de la Paz,*** recibieron indiferencia yéndose a pique ¿Por qué exhumarlas, dándolas como si constituyeran una novedad del siglo?

El ensayo de hospital que, recuérdese bien, no es, «anexo a la fábrica», pues« nada tiene que ver con las industrias Ford,» no tiene virtud para mover la admiración de nadie. Ford, para tomar la aseveración del señor Sancho, tiene una fábrica que abriga «la población de una ciudad». Pues ¿esa población no tiene derecho a una asistencia médica y quirúrgica gratuita, no obstante constituir el factor esencial de la fortuna del magnate. Cuando el hospital era levantado por el espíritu humanitario de los no subordinados a la fábrica, Ford previó a la primera contribución arrancada a su tacañería, que los auxilios se sucederían por ser él quizá el que más pacientes le llevaría. De ahí la resolución, en el intento de arrancarle la segunda cuota, de comprar la empresa. En esta forma, aplicando sus métodos, el hospital no lo obligaría a poner en sus salidas un renglón crecido. Por sí mismo costearía su sostenimiento y dejaría un fondo de reserva. Tanta es la virtud de la fordización.

¿Para qué dar asistencia médica gratuita, si eso degenera al que la recibe? Ford parte del principio de que «lo que se designa como caritativo es una forma peculiarmente mezquina de autoglorificación». Y él no quiere la gloriola. La condena hasta cuando lo que pueda traérsela sea la protección a un infeliz muchacho atropellado y desvalido. «Por ejemplo, un muchacho que fué atropellado por un automóvil en la calle y se le declaró una tuberculosis ósea en la rodilla, tuvo que sufrir varias operaciones y estuvo en el hospital cerca de un año, pero no por caridad. La cuenta del hospital se le cargó simplemente al muchacho, y seguramente la pagará algún día». Para pagar trabajará en la fábrica Ford y semanalmente verá cercenado su sueldo hasta equilibrar debe y haber para que, «arreglada la cuenta, nadie le deba gratitud».

Entusiasma esto al obrero Dubrieuil. A nosotros no. En la fordización del hospital y de la escuela no hay más que el vasallaje de la Fortuna ostentándose por medio de una vida medio analfabeta y ruda. Dirá esa vida que sus salarios son los más altos ganados por obrero alguno del mundo. Sí, su salario-causa obra maravillas en esa maravilla contemporánea. El obrero invierte su salario en hospital y fotingos. El poder adquisitivo del salario mínimo fordizado reside en que compra lo que Ford produce. De esta manera se genera un torrente de oro que apenas se bifurca en apariencia del torrente impulsado por Ford.

No es posible en el limitado espacio de un periódico semanal, tratar en un sólo artículo los varios aspectos de «una de las siete marillas contemporáneas». Pero hemos dicho algo, lo bastante para dejar ver que el pobre Ford es un subordinado de la Fortuna. La custodia con fiereza. Si el señor Sancho no se hubiera dejado sorprender por el obrero Dubrieuil hasta el extremo de convertirse en un repetidor de ideas gastadas, sus lectores se habrían deleitado con páginas austeras. Lo que trascribe del manual para el uso de las escuelas está contenido con puntos y comas en los manuales de la fordización *Mi Vida y Mi Obra* y *Hoy y Mañana.* Hay cosas curiosas, coincidencias raras en lo expresado por el señor Sancho y lo que el lector atento sorprende en tales manuales. Dice el señor Sancho: «Como se ve el proceso es el mismo, a la inversa, que el de la fabricación de carnes en los grandes mataderos de Chicago. En aquellos el cerdo entra entero por un lado y sale en pedazos listo para el consumo por el otro.» Y Ford dice: «Creo que debió ser el primer caso en que se aplicaba un ferrocarril movible al montaje. En principio se parecía a los planos corredizos que emplean los embaladores de carne de Chicago, al descuartizar las reses bovinas.»

Qué revela esto? Que el señor Sancho se ha dejado guiar por manuales y lecturas sin sentido. Lo sorprende que Ford preconice «la semana de cinco días», pero esa novedad no acaba de nacer. En los manuales de la fordización está contenida desde 1926. «En nuestras propias fábricas vemos que cinco días semanales son suficientes para dar nuestra producción». Todavía esa semana no ha llegado no obstante los años pasados. Finalmente es bueno decir a los lectores del señor Sancho que cuando Ford se resuelve a gastar cien millones de dólares en la producción de un nuevo modelo de automóvil, no lo hace por aventura. El parte del principio que ha sentado en las siguientes palabras: «Estos métodos cambian tan constantemente, no porque nos gusten los cambios por sí mismos sino porque la norma firme de esforzarse siempre por reducir el precio y elevar la calidad obliga naturalmente a los perfeccionamientos.» No hay, como se ve, aventura. Hay urgencia de afrontar la competencia, de producir un coche barato. Los millones que el cambio de herramientas implique vendrán luego centuplicados a engrosar la fortuna de Ford. Los invierte por cálculo y por necesidad imperiosa de cerrar el paso a los competidores que lo acechan.

Bien, digamos para terminar que a Henry Ford no ha llegado todavía la hora del arrepentimiento. Es un instrumento de la Fortuna. Qué hará cuando considere que debe devolver los millones acumulados? Construirá orfelinatos? Fundará premios? Algo le tiene reservado el destino. De sus fábricas no han salido hasta ahora sino motores. Cuando ya no pueda sostener las bridas de los caballos que ellos generan los desparpajará para que sea la Filantropía la que los conduzca como rebaño sumiso.

Juan del Camino

Cartago y febrero del 30

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imprenta Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, Costa Rica.